



# Pedro Emilio Coll

EL CASTILLO DE ELSINOR

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**200**  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Pedro Emilio Coll** Escritor y periodista nacido en Caracas en 1872. Fundó la revista *Cosmópolis*, iniciadora del modernismo en Venezuela, en 1894. Ocupó varios cargos públicos como ministro y diplomático. Fue individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y de Historia. Falleció en su ciudad natal en 1947. Entre sus obras, vale destacar *Las divinas personas* (1925), *Lectura y glosa de escritores venezolanos* (1929), *El paso errante* (1948) y *Palabras y figuras* (1972).

« Archivo Fotografía Urbana



**140**

**El castillo de Elsinor**

PEDRO EMILIO COLL



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**





# El castillo de Elsinor

PEDRO EMILIO COLL





# Índice

11 Nota editorial

## SUEÑOS

17 El sueño de una noche de lluvia

25 El sueño de una noche de verano

## FIGURAS

37 Opoponax

49 El diente roto

51 Viejas epístolas

## SENSACIONES

65 Decadentismo y Americanismo

73 Hojas de un diario



## Nota editorial

La forma y el tema, el ambiente y los personajes, el contenido y su producción eran parte sustancial de las tantas polémicas que se suscitaron al momento de definir lo que significaba una literatura hecha en Venezuela a finales del siglo XIX. Tal controversia provocó la aparición de una serie de ensayos novelados que buscaban representar el carácter de una narrativa que contuviera los signos de una identidad estética lograda. Los primeros trabajos que se adentraron en la descripción del paisaje y la naturaleza venezolana fueron elaborados por nuestros primeros protoescritores: los costumbristas. Sin embargo, más allá de lo anecdótico y el humor, las fórmulas para escribir una literatura nacional aún se presentaban como una búsqueda que no soslayaba la influencia positivista y naturalista del momento. Entonces, no es de extrañar que los trabajos de José Gil Fortoul, Eduardo Blanco, Rafael Cabrera Malo y Miguel Eduardo Pardo —por citar algunos— sean tomados como ejercicios narrativos que señalaran un porvenir en nuestra literatura ya bajo un nuevo signo del realismo literario. Esto quiere decir que son los antecedentes más inmediatos al momento de hacer una valoración literaria.

En esa época, tres jóvenes escritores deciden hacer públicas estas polémicas bajo el nombre de “Charloteo”. Tal enunciado apareció en una revista considerada como la que instaura la estética modernista en Venezuela, *Cosmópolis* (1894-1895),

de corta duración pero que impulsará los destinos literarios de sus redactores: Pedro César Dominici, Luis Urbaneja Achelpohl y Pedro Emilio Coll. Este impulso los llevará por las diferentes bifurcaciones del modernismo: Dominici apostará por una literatura preciosista y decadentista, donde predominarán lo exótico y la sensualidad; Achelpohl por una literatura realista, afianzada en el espacio urbano venezolano y Coll preservará la pureza en su escritura en la que predomina el credo modernista.

Este último confronta el fin de siglo decimonónico entre la búsqueda de una literatura nacional y la expresión que resultará del ejercicio y su reflexión de la corriente modernista en América. Ya en 1901, en la misma tipografía donde se publicaba *El Cojo Ilustrado*, aparece su miscelánea, con tono ensayístico y narrativo, *El castillo de Elsinor*. Tres años antes el autor regresaba a Venezuela, después de haber estado como cónsul en Inglaterra y ser el encargado de “Letras Hispanoamericanas”, de *Mercure de France*.

Es en *El castillo de Elsinor* donde aparecerá el cuento por el cual será recordado, y al mismo tiempo leída gran parte de su obra: “El diente roto”. Libro híbrido dividido en tres partes: Sueños, Figuras y Sensaciones. Hibridez en la que se conjuga el acto reflexivo con la escritura que da lugar al ensayo, la elaboración de la ficción a través de sus cuentos y, en la última parte, el elemento testimonial, una escritura mucho más íntima, pero con un resultado paródico y que está presente en las secciones anteriores: el humor.

Para la presente reedición se utilizó la edición príncipe de 1901, de la tipografía Herrera Irigoyen. Asimismo, hemos actualizado las erratas advertidas, así como la adaptación ortográfica a las normas vigentes.

## LOS EDITORES

Del autor

Palabras.

Letras Latino Americanas (*En el Mercure de France.*)

*El viaje imaginario al Castillo de Elsinor, con que comienza este pequeño volumen, explicará el título y, hasta cierto punto, el parentesco ideológico de la presente colección de bocetos y notas fragmentarias.*

*No por impertinencia uso a menudo del Yo, acusado de odioso, sino porque sólo está a mi alcance referir mis propias impresiones al través de la vida y del arte.*





# Sueños



# El sueño de una noche de lluvia

Caía la lluvia con estrépito sobre los tejados y en el zinc de las canales cantaba el agua.

Cada vez que llueve y la calle se convierte en un río, me vuelvo a ver niño, echando en el arroyo barquichuelos de papel. Mis primeros viajes ideales los hice en esas ligeras embarcaciones que van ciudad abajo arrastradas por la corriente; pero los libros que entonces leía me hablaban de islas maravillosas, de países fantásticos, y hacia ellos navegaba mi imaginación en la frágil navecilla, sin pensar que una piedra bastase para detenerla y que en un charco pudiera naufragar una carga de ensueños.

Mientras me acurrucaba entre mis recuerdos y las frazadas de la cama, la nota armoniosa del agua en las canales me iba adormeciendo...

Ahora me encontraba no en un bote de papel sino en una negra galera empujada por un viento glacial. Juntos estábamos hombres de razas diferentes pero movidos por una misma inquietud. Íbamos en peregrinación al Castillo de Elsinor, que es uno de los sitios más amados de la tierra por haber oído los soliloquios del Príncipe Hamlet y presenciado el fin de sus días juveniles.

Para prepararnos a visitar dignamente aquellos santos lugares de la meditación, habíamos arreglado nuestra vida según una disciplina conventual y

nos llamábamos hermanos. Los escépticos, los analistas del alma humana, los humoristas que creen en una tontería universal y se ríen de ella con lágrimas en los ojos, eran con frecuencia el tema de nuestros coloquios y ejercicios espirituales. En el refectorio una calavera contemplaba a una Esfinge, sin que por ello dejáramos de comer con apetito.

Los domingos nos congregábamos en una sala ojival, adornada con símbolos religiosos y preciosas obras de arte; y allí, muy cómodamente sentados, cerrábamos los párpados para escuchar la música del órgano, con la que cada cual componía en su mente un paisaje ó un espectáculo, mientras el mar continuaba la canción que por los siglos de los siglos dirigen al cielo las innumerales olas.

Quando me di cuenta de la extraña reunión en que me hallaba, un hermano de mirada tenebrosa, terminaba así una homilía:

Un amigo, muy investigador y erudito, discípulo entusiasta de la escuela antropológica, ha descubierto que el divino Homero fue un precursor de César Lombroso: pues según parece, un feroz cacique o generalote está descrito en la *Ilíada* con todos los estigmas que se le atribuyen al criminal nato. Moisés, según el decir de personas entendidas en estos asuntos, fue un darwinista anterior a Darwin, puesto que la famosa lucha por la existencia está incluida en el ojo por ojo, diente por diente, y la ley de la herencia proclamada en el tremendo aforismo de que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación. De tal manera que la historia de los Rougon-Macquart, narrada por Zola, no viene a ser sino una nota marginal a la Biblia, un comentarlo a la frase del inmisericorde legislador. Allá, en el Deuteronomio, vemos en cierto modo explicados la borrachera de Coupeau, la prostitución de Nana, el suicidio de Lantier, y demás calamidades de aquella familia francesa del segundo imperio, víctima de una neurosis hereditaria, de las calaveradas de un abuelo, quien un tanto olvidadizo de las reglas de la higiene y de la buena conducta, bebió más vino del necesario y cortejó, en sus mocedades, mayor número de mujeres del que es costumbre entre cristianos. La antiquísima y

venerable sentencia de que la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, es según doctos comentadores, el primer apotegma determinista, puesto que en forma alegórica enuncia la causalidad universal.

¿Qué diríais ahora vosotros de un libro titulado *Un dedo de la luna purpurado por el sol poniente*? Lo atribuiríais a algún moderno «decadente.» Pues bien, ese libro ha sido compuesto muchos siglos antes de Jesucristo, y forma la sexta parte de la gran obra sánscrita *La Ola del océano del Tiempo*. Un viajero inglés, recibió de manos de un viejo brahmán, muerto de la peste, el manuscrito original y lo ha traducido, permitiendo así que nosotros, los que no hablamos la lengua del dulce Sakiamuni, podamos aspirar el aroma de loto que se desprende de esas leyendas asiáticas.

Escuchad la que dice cómo fue creada la mujer:

En el origen de los tiempos, Twashtri —el Vulcano de la mitología india— creó el mundo. Pero cuando quiso crear la mujer, comprendió que había gastado en el hombre todas las materias disponibles. No le restaba ningún elemento sólido. Entonces Twashtri, perplejo, se abismó en una meditación profunda, y no salió de ella sino para proceder de este modo: tomó la redondez de la luna y la ondulación de la serpiente; el suave abrazo de las plantas trepadoras y la cadencia de los mimbres; la esbeltez del rosal y el terciopelo de las flores; la ligereza de las hojas, la mirada del cervatillo, la alegría loca del rayo de sol, las lágrimas de las nubes, la inconstancia del viento, la timidez de la liebre, el orgullo del pavo real, la dulzura de las plumas que guarnecen el cuello de las palomas, la dureza del diamante, el gusto azucarado de la miel, la crueldad del tigre, el calor del fuego, la frialdad del hielo, el chillido del búho y el susurro de la tórtola. Mezcló todas estas cosas, hizo a la mujer, y entregó el divino presente al hombre.

Ocho días después el hombre se presentó ante Twashtri y le dijo:

—Señor, la criatura que me has donado emponzoña mi existencia: murmura sin cesar, ocupa todo mi tiempo, llora por tonterías, está siempre enferma. He venido a ti a fin de que la recuperes porque no puedo vivir con ella.

Y Twashtri llamó a su lado la mujer. Pero ocho días después el hombre volvió ante el Creador y le dijo:

—Señor, mi vida es muy solitaria desde que te he devuelto esta criatura; recuerdo que bailaba y cantaba en mi presencia, que me miraba tiernamente y me abrazaba

Y Twashtri entregó de nuevo la mujer al hombre. Apenas habían trascurrido tres días, cuando Twashtri vio llegar al hombre, quien así se expresó:

—Señor, no sé cómo es esto, pero estoy convencido de que la mujer me procura más disgustos que placeres. Señor, te suplico, tómala para ti.

Mas Twashtri le gritó: ¡Apártate de mí, hombre, y haz lo que puedas! —El hombre contestó: No puedo vivir con ella; a lo que Twashtri replicó: Tampoco podrías vivir sin ella.

El Hombre se retiró pesaroso; y gimiendo decía: ¡Pobre de mí, no puedo vivir con ella y no puedo vivir sin ella!

A mi juicio, este simbolista o «decadente» sánscrito de ahora tres mil años, autor de *Un dedo de la luna purpurado por el sol poniente*, era también un psicólogo feminista a la manera de nuestra época. No es difícil reconocer bajo el traje moderno del Adolfo de Benjamín Constant, del Claudio Larcher de Bourget, del Jorge Aurispa de D'Annunzio, en la historia de muchos de nuestros contemporáneos, al mismo hombre que en el origen del mundo fue varias veces ante Twashtri, creador de todas las cosas y padre del linaje humano. *Nihil novum sub sole...*

Calló el predicador y hubo un murmullo de incredulidad en el auditorio; pero nadie estaba de humor para discutir, y nos retiramos pensativos a nuestras celdas o camarotes.

Otro día se planteó una inoportuna cuestión, impropia de aquella asamblea de personas despreocupadas de los problemas de actualidad, y que convertía tan quiméricos seres en personajes de la comedia política. Las leyes son siempre impracticables en el momento mismo en que cerebros superiores las conciben y enuncian —tal era la cuestión en debate— Cuando una ley penetra en

el corazón de la masa, otra más perfecta viene a sustituirla; las leyes no sirven sino para la orientación de los grandes rebaños sociales conducidos por unos cuantos pastores; lo que nombramos conciencia del pueblo no es sino el pensamiento de esos pastores; lo que llamamos progreso se realiza por una serie de afirmaciones prefijadas y a menudo arbitrarias, que cuatro o cinco pensadores imponen en una época para la época que ha de venir.

En los interminables días comenzaba a aburrirme y a sentir la ausencia de esa amable compañera que Twashtri creó para el hombre y que un filósofo de pésimo gusto ha llamado el animal de larga cabellera y corto entendimiento. Envidiaba ya a los que no tuvieron el capricho de acompañarnos en tan penoso y largo viaje, a los amigos que, a esa hora, en la mesa del café y frente a los rubios vasos de cerveza, ensayaban el método de una refinada antropofagia devorándose, literariamente, unos a otros; envidiaba al mozo de cordel y al labriego que, sin vanas preocupaciones, labra la tierra y procura cumplir el precepto de crecer y multiplicarse.

Por fin un compañero que hasta entonces había guardado un irónico mutismo, reuniéndonos en la sala de fumar, decidió de nuestra suerte con estas palabras:

Tengo que confiaros el secreto que he encontrado en un viejo manuscrito. El gran Will, que nos refiere la historia de nuestro muy amado hermano Hamlet, o fue víctima de una engañosa leyenda o ha querido engañarnos. El manuscrito a que me refiero es una confesión de Marcelo, el amigo íntimo de Hamlet, y debe merecernos la más completa fe.

Ello es que Marcelo, quien dicho sea de paso era de un temperamento sanguíneo y activo, sufría de que su querido camarada y condiscípulo hubiera perdido entre las filosofías de la Universidad de Heidelberg, junto con la salud, el amor a la vida y a las empresas dignas de su rango. Ni el esplendor del trono, ni el talle ondulante de las damas de honor, ni las fiestas de la corte, lograban sacudir del alma del Príncipe enlutado y meditabundo el duelo y la inacción. En su corazón no había espacio sino para el recuerdo paternal, y en su mente para las divagaciones metafísicas.

Sabía Marcelo que Hamlet, tan incrédulo y casi herético, creía sin embargo en las visiones de ultratumba, y fue esa superstición del Príncipe la que puso en juego para sugerirle el culto de la fuerza, o un motivo de vivir como decimos ahora. Un criado de Marcelo se prestó para llevar a cabo el funesto proyecto que tantas desgracias y muertes trajo consigo.

En la oscuridad de una noche sin luna, el criado de Marcelo, armado de punta en blanco, aparecióse a Hamlet en la plataforma del Castillo, y fingiéndose el espectro del viejo Rey, con voz sepulcral, le aconsejó la oprobiosa venganza.

Lanzado en el camino de la acción procedió Hamlet con la intemperancia o injusticia que ya sabéis. Sobre este punto hace Mauricio Maeterlinck un duro comentario: ¿Se necesita acaso de un esfuerzo sobrehumano—pregunta—para reconocer que la venganza no es un deber? Hamlet piensa mucho pero no es un sabio; colocad en su lugar a un Marco Aurelio y el destino se hubiera estrellado contra la bondad, la confianza, la indulgencia que están en las más altas cimas de la sabiduría.

De todas maneras, Hamlet es nuestro hermano, más por su vida interior que por sus gestos trágicos. La colección de sus soliloquios, de sus diálogos con los sepultureros y los cómicos, sus repuestas a los cortesanos y a la misma Ofelia, constituyen un precioso breviario en nuestra iglesia. Marcelo erró como todo ser que quiere disponer del destino de otro ser y decidirlo a obrar en contra de su propia naturaleza; en fin, yo prefiero que haya sido un criado y no el propio espectro del Rey quien dictase la venganza, porque debemos suponer que los muertos saben más que los vivos la consecuencia de los actos humanos.

Por último, hermanos, este viaje que hacemos al Castillo de Elsinor me parece del todo innecesario. Para meditar nos basta con el asilo profundo del alma, con nuestro Castillo Interior que tiene criptas sonoras, fuentes que cantan en el silencio, bellos horizontes a su rededor, y desde donde se contempla la tierra y se divisa el cielo...



De todas las bocas partió un clamor armonioso, que ya despierto era sólo el de la nota de la lluvia en las canales y sobre los tejados de la ciudad nocturna y pluviosa.



## El sueño de una noche de verano

Por el balcón abierto penetraba el aliento del jardín. El sol, muerto entre luces de heliotropo, había dejado en el aire de la noche el vestigio de su oro encendido. Respiraba el jardín como un cuerpo desnudo, y el cielo, cual una inmensa flor azul, parecía perfumarlo. Se diría que la vía láctea era un jardín de lirios luminosos y que en la tierra los lirios formaban una constelación de fragantes estrellas; que cada lucero derramaba divinas esencias sobre los pétalos y cada corola era un pebetero que enviaba su invisible incienso a las estrellas inmaculadas. En los senderos espolvoreados de diamante, las finas siluetas de las ramas fingían encajes de sombra y arabescos de ébano.

Busqué en mis labios una palabra que unir al alma tranquila de las cosas, pero mi voz se desvanecía antes de profanar la santidad del silencio. Las rimas revoloteaban alrededor de mi boca y se volvían al corazón llorosas y avergonzadas. Necesitaba de una música inefable que pusiera a mi espíritu en contacto con tanta belleza dispersa y, sin quitar los ojos de la fronda, tendí la mano para tomar el volumen de Shakespeare y leer en él *El Sueño de una noche de verano*, pero la mano tropezó con otro que sobre la misma mesa estaba: el de los *Dramas filosóficos* de Renan.

En la tarde había estado comparando, en el tomo de comedias fantásticas de Shakespeare, *La Tempestad*, con las exquisitas ficciones en las cuales Renan

cuenta los diálogos que en su alma tuvieron las queridas imágenes de Próspero, Ariel y Calibán.

Leí en alta voz bajo la iluminación de la luna, y el follaje mismo pareció inclinarse extático, acariciado por la música del Verbo; pero lentamente y a medida que las frases se hacían más desencantadas y la ironía más densa, el jardín tornábase mustio y melancólico; y cuando Ariel, símbolo del idealismo, desaparece acompañado por la armonía de sus alas y vencido por Calibán, símbolo de la fuerza, oí un sollozo que no sé si del jardín partió o de mi propio corazón y por no turbar con inquietudes humanas la serenidad de la hora en paz, cerré el balcón y en la sombra me dormí.

En sueño me vi de nuevo en el jardín; mas los arbustos crecían, las hojas de sedeñas y tiernas volvíanse ásperas y recias, la savia corriendo febrilmente por los tallos los engrosaba y convertía en troncos de agria corteza, las ramas alargándose se cubrían de ortigas y orquídeas; la tierra se arrugaba como la piel de un hipopótamo; una flora extraña crecía por todas partes; pronto una cripta de verdura me ocultó el cielo. Estaba en una selva llena de lamentos y rumores inauditos; los leones debían de haber pasado por allí porque en las hojas muertas quedaban señales de garras y en el ambiente un olor de melenas y de sangre. Quise correr, pero los pies se habían adherido a una espesa resina; ya a punto de perder el sentido, vi avanzar hacia mí un eclesiástico obeso y de corta estatura; los cabellos sacudidos por el viento le formaban una aureola plateada. Era Renan vestido de seminarista de San Sulpicio.

—Maestro, ¡sálvame!, le grité.

—¿Por qué me llamas maestro? ¿qué te he enseñado?

Indudablemente Renan se disgustaba de que alguien lo encontrase en traje talar, pero luego, comprendiendo tal vez lo brusco de su respuesta, continuó con voz suave y con bondad un tanto forzada.

—¿Qué buscas en esta selva tenebrosa? ¿Conoces el secreto de domeñar las fieras? Veo que tus músculos son débiles para romper la fragosidad y abrirte

camino entre zarzas y espinas. ¿Sabes tú la ruta que conduce a la balsámica floresta de la eterna ilusión?

—No sé nada, Maestro; estaba en un vergel florecido y meditaba en el problema de la Vida y de la Muerte, cuando a mi alrededor la naturaleza se puso hosca y tejó esta red de maleza inextricable. Ha sido un milagro. Maestro.

Y Renan sonrió discretamente al oírme hablar de milagros.

—Ven hijo mío, sígueme y marcha con cautela, me dijo, porque la senda tan escueta es, que más parece la hoja de una espada tendida sobre el abismo. Según la leyenda—siguió diciendo mientras caminábamos, él ágil a pesar de su obesidad, y yo a tientas y lleno de pavor—según la leyenda, en ese paraje en donde te encontrabas hace poco, y que se llama el Bosque de los Suicidas, vivió en los primeros días de nuestra Era, un piadoso anacoreta el cual se alimentaba con frutas y por único compañero tenía un cordero tan humilde y blanco como el Cordero Pascual. Cuando el alba mojaba la selva de rocío y el anacoreta elevaba su oración matutina a la gloria del Creador, el cordero también decía su plegaria balando al cielo diáfano y a la aurora recién nacida. Después de haber saltado por lomas y aguas vivas venía el cordero a secar su vellón en la barba del anacoreta, quien ya, antes que Francisco de Asís, llamábase hermano de los animales; en inocente égloga vivían el anacoreta y el corderillo. Pero en aquellos tiempos, los paganos echaban a las fieras los que profesaban la fe en Jesucristo. Cuenta la leyenda que el anacoreta arrastró hasta su retiro el cuerpo muerto de un cristiano que al siguiente día debía ser pasto de los tigres, y como quería darle religiosa sepultura, púsose a excavar con las uñas la fosa que debía ocultarlo de los sicarios paganos. Trabajó tres horas sin tregua, pero la fosa era apenas como el álveo de un riachuelo; rendido de fatiga y de angustia arrodillóse y dijo; ¡Señor! Señor, mi tarea es obra pía, pero mis brazos son frágiles; Señor, ¡préstame tu omnipotente auxilio! Al decir esto apareció un león, que gravemente comenzó a escarbar la tierra, y tan profunda fosa cavó que hubieran cabido en ella dos hombres. Después de bendecirla, el anacoreta y el león comenzaron a echar tierra y hojas sobre el

cuerpo del cristiano. Lleno de místico regocijo, el anacoreta levantó las manos a lo alto y exclamó: ¡Señor, Señor, tu sabiduría y bondad son infinitas: permite que este león, que ha salvado de la profanación el cuerpo de un servidor tuyo, realice su mejor deseo!; y entonces el león que estaba hambriento, fue hacia el cordero, que dormía con un nimbo de luz en torno de la frente, y lo devoró en presencia de la noche estrellada. A la mañana cuando los sicarios fueron en busca del cristiano, encontraron en su lugar al anacoreta muerto, con el cilicio atado al cuello. Desde esa época el sitio en donde te encontrabas hace poco, se llama el Bosque de los Suicidas, y allí vagan y sucumben por su propia mano los que han puesto en duda la justicia suprema.

Con tan hondo acento fue referido todo esto, que estuve próximo a creer que aquello no era una inverosímil improvisación con la que mi buen Maestro quería confundirme y atemorizarme. En el fondo sabía que el anacoreta no había existido jamás; pero por no dejarlo comprender, dije después de un breve silencio:

—He leído en no sé qué viejo infolio, la historia que me acabas de recordar; pero, dime Maestro, ¿no crees que la duda, que debió inspirar al infeliz anacoreta su acto desesperado, es un sentimiento que debemos apartar de nuestro corazón?

—En este caso especial, el anacoreta obró como un hombre sin filosofía y que tuvo la desgracia de ignorar las ventajas de mi diletantismo. Por algo he puesto un cordón sanitario entre Dios y la naturaleza que el anacoreta confundió deplorablemente: «la naturaleza es inmoral; el sol ha contemplado sin turbarse las más horribles iniquidades, ha sonreído a los más grandes crímenes: pero de la conciencia se eleva una voz santa que habla al hombre de un otro mundo, el mundo del ideal, de la bondad, de la justicia. Si sólo existiera la naturaleza habría que preguntarse si Dios es necesario.» Pero concretándome a tu pregunta, ya sabes que he escrito en alguna parte que la alta moralidad no es estimable sino cuando ha atravesado por la duda. La seguridad de la recompensa destruiría el mérito de la acción.

—¿Según lo que decías anteriormente debemos obedecer el consejo interior de la conciencia y no seguir el ejemplo de la naturaleza? Tu compañero Taine era de opinión contraria; él, de acuerdo con el estoico Marco Aurelio, pensaba que no hay mejor guía que la naturaleza y que nuestra vida debe adaptarse a sus fines.

—Sí... es verdad... tal vez... vivimos en la contradicción... «Quién sabe si la delicadeza de espíritu consiste en abstenerse de concluir» ... Quién sabe si mi amigo Taine está en la verdad. Quién sabe si a pesar de la aparente unidad de su pensamiento y de su método vaciló tanto como yo... ¡Oh, yo tal vez he sido más sincero y he confesado mis debilidades! No olvidemos que Taine temió siempre la influencia de sus libros y lamentó no haberlos escrito en latín para hacerlos menos accesibles al público; no olvidemos que nació católico, que vivió lejos de toda ortodoxia y que sin embargo su último deseo fue el de ser enterrado cristianamente según el rito protestante. «La inconsecuencia es un elemento esencial de todas las cosas humanas.»

—Las almas dóciles, Maestro, que se sienten dispuestas a ser dirigidas, padecen por esas contradicciones de los sabios encargados de encaminarlas hacia un estado mejor y más perfecto.

—¡Ah, cierto! Nuestro siglo después de su tarea de análisis y demolición, está ansioso de afirmaciones. Es torturante la actitud de las inteligencias que, volviéndose a los cuatro puntos cardinales, con la inquietud de un navío sin brújula o de un viajero perdido en un desierto, esperan la estrella que ha de guiarlos a la tierra prometida, o cuando menos al oasis, a la isla incógnita en donde reposar. Cada hora una nueva voz parte del septentrión o del mediodía, del este o del poniente, anunciándose como el Apóstol esperado; preséntase con una recia armadura de lógica, invencible a la vista, pero que cae disuelta en polvo cuando una nueva voz sopla sobre ella, y ésta a su vez sufre el mismo destino cuando otro eco se levanta. Hace poco hemos tenido por aquí el último Profeta.

—¿El último Profeta?

—Sí, llegó precedido de una orquesta formidable de trompetas y címbalos. Venía de Alemania, vestido con serpientes y pieles de lobos; se llamaba a sí mismo el Zaratustra y era saltimbanqui y discípulo de un monstruo fabuloso. En medio de danzas macabras enunciaba su evangelio que es el del retorno a la crueldad y a los instintos primitivos. A su juicio, la piedad es el más grande de los delitos y la destrucción la mayor de las alegrías. Todos los nobles de la ciudad se reunieron alrededor de su estrado ambulante y escucharon la enseñanza que los encarnizaba contra los débiles; los nobles todos creyéronse superhombres —que es así como el Zaratustra llama al futuro é inmisericorde dominador— y al rayarla aurora incendiaron los falansterios de obreros y quemaron en las plazas públicas a los ancianos, mujeres y niños que se habían refugiado en los hospitales. El Zaratustra va de pueblo en pueblo diciendo la buena nueva porque se ha propuesto cambiar la faz del mundo.

Al levante, hacia donde el Zaratustra había ido, el espacio estaba impregnado de vapores sulfurosos y purpúreos. Renan continuó:

—Lo que me acongoja, por qué no confesarlo, es que cuando el Zaratustra hablaba, fijando en mí sus ojos fulgurantes, yo reconocía en muchos de sus aforismos la consecuencia lógica de algunas de mis ideas llevadas a su máximo de ampliación. Así sobre mi frase «la civilización es obra de los aristócratas», el Zaratustra ha levantado un castillo feudal y celebrado un festín dionisiaco en conmemoración del dios de la antigua alegría cuyo nuevo imperio se anuncia.

Renan inclinó la cabeza como bajo la presión de un gran dolor; yo preparaba una serie de consolaciones más o menos intempestivas, cuando rompió de nuevo el silencio.

—Y, no obstante, este culto de lo que llamo la verdad ha sido el sostén único de mi existencia. Es imposible vivir sin una filosofía, es decir sin una concepción del universo. El más insignificante hecho diario engarzado en un sistema filosófico adquiere una belleza superior, o cuando menos no parece la revelación de una ciega fatalidad; la observación aislada de los hechos puede



conducir a la anarquía social o intelectual; la indagación de la causa suaviza la aspereza del efecto. ¿Ríes? Sí, ya supongo que me vas a oponer la novísima teoría de la mentira vital, del imaginario motivo de vivir que cada hombre se forja. Bueno, ¿por qué no? La mentira no existe o es una de las formas de la verdad, la mentira que cuantas veces como ésta, ¡oh, más que ésta! ha arrastrado y arrastra a los hombres a las más grandes acciones y heroísmos. Sí, creo en la virtud redentora de la ciencia, del arte, de la filosofía. La criatura que concibe los fenómenos como formando parte de un sistema universal y las apariencias como la epidermis de un espíritu, puede formarse una vida interior elevada y alcanzar la armonía consigo mismo, al contrario del que los considera sin vínculo alguno. Ahí tienes á Herbert Spencer, débil y nervioso, trabajando por espacio de cuarenta años en una de las obras más completas y portentosas del siglo, sin más apoyo que su fe en la ley de la evolución y adaptando a ella todos los movimientos de la humanidad y aun los sacudimientos de su propia alma; ahí tienes a Guy de Maupassant, el joven y vigoroso normando atenido sólo al «documento humano,» a la observación sagaz y fría del hecho, según lo enseñaba Flaubert, quien por otra parte no lo practicaba al pie de la letra y a quien salvaba su abundante dosis de romanticismo; ahí tienes Maupassant, loco, buscando sus ideas, él que con su admirable talento no buscó siempre sino el hecho menudo y minucioso sin hacerlo converger y depender de una Idea central. ¡Oh! hay que poner al extremo de la vida una ilusión, un ideal para no ir dando tumbos por el camino. Yo mismo, que, a pesar de mi escepticismo orgánico, he tenido dos o tres principios fijos, yo mismo hubiera sido como ese pobre Verlaine, con el que tengo más punto de semejanza de lo que parece.

Tal salida inesperada me dejó perplejo. Renan jugaba con la paradoja y me obligaba a seguirla en sus caprichosos giros. ¿Qué semejanza podía existir entre el poeta bebedor de ajeno y el profesor de hebreo del Colegio de Francia?

—Verlaine, hijo mío, como yo fue un microcosmo y recorrió tantos estados de alma como un Goethe; sólo que lo que el uno sabía canalizar, por cauces abiertos anteriormente a fuerza de genio y de filosofía, el otro lo dejaba esparcir

en direcciones contrarias sin imponerles la presión de la Voluntad; de ahí que su existencia fuese incoherente y su obra multiforme y atolondrada. El pobre Verlaine que cantaba la «impresión del momento,» según su expresión, no creía ese momento fugaz y pasajero, sino que lo consideraba como un estado de conciencia que en lo adelante sería inmutable, y era ingenuo en ese momento; pero presto una nueva sensación cambiaba el paisaje interior, y un nuevo canto, canto de alondra, surgía de su boca lacia y desencantada.

Y con un suspiro agregó:

—...Yo hubiera podido ser un bohemio como Verlaine... ¡Pobre Lelian!

Estábamos ya al final del angosto desfiladero, por el cual yo caminaba con más seguridad, cuando Renan me dijo con cierta timidez y casi al oído:

—Hijo mío, al descender la cuesta sembrada de tomillo y albahaca que ves allá abajo, me esperarás un instante. No estamos lejos de la ciudad y es probable que encontremos algunas parejas de amantes, y poetas y pintores en busca de asuntos, y no quiero —mi reputación de libre pensador sufriría un fracaso— que me vean en este traje de eclesiástico, que uso en recuerdo de mis días de infancia y de juventud en el Colegio de Treguier y en el Seminario de San Sulpicio; cuando estudio en la soledad o cuando medito en el bosque este traje me reviste de una amable beatitud.

Renan se entró en una ermita sin campanario, ceñida de trepadoras lianas, y al rato volvió vestido con amplia levita y chaleco alto que a duras penas le sujetaba el vientre voluminoso. Para borrar la malicia de mi rostro, Renan se apresuró a decir:

—Tú sabes que me he comparado al *hircorserf* de la escolástica, el cual se comía las patas sin advertirlo: una de mis mitades se acaba de comer la otra. Por lo demás esta doble naturaleza, que consideraba como una distinción y como un signo de aristocracia intelectual, según voy viendo es común a todo el género humano. ¡Oh, el traje civil no me va bien, yo había nacido para predicar!

En el camino Renan me habló de sus proyectos literarios: «Quisiera reunir en un pequeño volumen algunas páginas sinceras para las personas a quienes

el viejo misal no satisface. Mi última ilusión estaría colmada si pudiera esperar entrar en la Iglesia, después de mi muerte, en la forma de un pequeño breviario empastado en marroquín negro y sostenido entre los dedos largos y delicados de una mano finamente enguantada.»

Y como el aire convidaba a la divagación ligera, la verbosidad de Renan saltaba de idea en idea como un colibrí sobre un rosal en flor.

Dejamos la fangosa orilla, y navegamos a través de un lago rizado por el aleteo de plateados pececillos; la barca penetró entre un flotante jardín de algas, y descendimos a la balsámica floresta de la eterna ilusión.

Desperté. En el vergel cantaban los ruiseñores sobre los follajes tamizados de oro. Era una clara noche de verano.



## Figuras



# Opoponax

*Así entra el placer blandamente, mas al cabo muerde y mata.*

LA IMITACIÓN.

Andrés se sentó al borde de la cama maciza y severa cual un catafalco; una cama de caoba con incrustaciones de marfil, donde habían muerto sus abuelos. La luz de la vela, fija en la penumbra, daba a los objetos una expresión triste, casi humana: la ropa pendiente de la percha, la flotante cortina del lecho, el espejo de luna profunda.

Después de cinco años en el extranjero, creía despertar de un sueño, en Caracas, en su antigua estancia de soltero. Andrés volvió los ojos a su alrededor reconociendo los muros que habían presenciado su adolescencia inquieta y romántica; allí el miedo le hizo ver el espectro de su padre con el arma suicida en la mano, la madrugada en que aún vagaba por los anchos corredores de la casa paterna, el olor a ácido fénico y á violetas; allí habla soñado con los besos devoradores de Linda de Florencia, la divina Helena de *Mefistófeles*, y con Carmen la Sevillana, la bailarina sonora y ancha de caderas como una guitarra andaluza; allí forjó planes de poemas y de líricas aventuras que se desvanecían con el primer clarear de la aurora; sobre aquella almohada olorosa á incienso y alhucema, había sonreído a las quimeras y vertido lágrimas sin causa.

Cinco años en París, y ahora se veía en el mismo sitio, como si sus ojos se abrieran después de un sopor producido por el opio. Experimentaba la impresión de que todo estuvo inerte y paralizado en el trascurso de su ausencia,

y que, al regresar, seres y cosas se habían puesto á vivir de nuevo; semejante a esos grandes relojes de antaño, largos como urnas y cuyo péndulo callado durante mucho tiempo, comienza a contar los minutos cuando una mano impele el empolvado disco de bronce.

¿Era posible? Sí, allí estaban para convencerlo la maleta de cuero amarillo y el ventrudo baúl de viaje, sobre los cuales se veía la marca tricolor de los vapores trasatlánticos. A su memoria principiaron a acudir los recuerdos: la barba roja del piloto, el delantal de la camarera, la frase que había oído a un pasajero: «abordo el mareo es una distracción»; después en una bruma dorada, la estación de Saint-Lazare, llena de globos eléctricos, de mujeres, de kioscos de periódicos; con claridad recordaba la cara de un agente de policía y la de un mozo que traía apresuradamente una copa de ajeno; luego el tren en marcha, una pared, un ceto que pasa, un cordón de brasas encendidas, que la máquina deja atrás en su vértigo y que se apaga en el silencio. Con el mentón apoyado en las manos, y los codos sobre las rodillas, Andrés comenzó a recordar los días de su vida pasada. Al través de la almilla se dibujaban las finas y nerviosas líneas de su cuerpo. Un suspiro se oyó en la estancia.

Fue en París, una noche ya a fines del invierno, cuando conoció a Marión. Atraído por los violines de una orquesta de zingaros, entró en una taberna de Montmartre, donde Jehan Rictus acababa de terminar uno de sus soliloquios; el poeta de los pobres, con un codo apoyado en la tapa del piano, era una extraña figura angulosa, un Cristo de larga levita, cuyos labios enunciaban los dolores y rebeldías de la plebe. El humo de las pipas envolvía las figuras en una penumbra azulosa. Andrés se sentó junto a una mesa de mármol, y mientras bebía su copa de cerveza, un perfume intenso se extendió de pronto cerca de él, como si un frasco de opoponax se hubiese derramado sobre sus labios; aspirando aquel aroma carnal, Andrés vio a su lado una mujer alta y ondulante, la boca pulposa, cárdenas las ojeras, los senos arrogantes levantaban el abrigo de pieles siberianas, de donde emergía una cabeza de ángel botillecesco que la orgía hubiese desgreadado; a) agitar el traje esparcía en la atmósfera cálida del café



un ambiente de alcoba, poblado con infinitas corrupciones. En las tabernas conocíasela con el nombre de *Mademoiselle Opoponax*, por ser éste su perfume predilecto, el señuelo invisible de que se valía para atraer a los hombres...

Detrás de la iglesia de San Severino, que alzaba su masa gótica en la noche color de perla enferma, caminaba Andrés oprimiendo contra su brazo el cuerpo enervante de Marión, la mano febril y pálida entre el abrigo de pieles siberianas. El aire pasaba helado por sus mejillas ardorosas, y a lo lejos se oía la canción obscena de un estudiante.

Después, la eterna historia de la Safo parisiense: el amancebamiento, los besos, los golpes, la reconciliación mentirosa, la carne triunfante y la carne triste, el crapuloso hermano de Marión que se pone las corbatas y se viste con la ropa de Andrés, la disolución lenta de la voluntad, Marión que se burla, Marión que le da de comer cuando no recibe la pensión que desde su casa le envían. Marión que lo engaña y huye al fin con un obrero de Montrouge....

Sentado al borde de la cama maciza y severa de sus abuelos, Andrés suspiraba. De repente poniéndose de pie, abrió de par en par la ventana para respirar la brisa nocturna, y le pareció que el paisaje se precipitaba hacia él para abrazarlo: el Ávila azul bajo el plenilunio de estío; en los tejados los gatos maullaban, y sus pupilas semejaban turquesas, rubíes y topacios, iluminados por una satánica chispa interior. La ciudad dormía entre su anfiteatro de montañas, entre su inmensa sortija de rocas, cerrada, como a un anillo episcopal, por la pura esmeralda del abra.

\*\*\*

En el restaurant celebrábase el regreso de Andrés, con una comida. Los rábanos, las hojas de lechuga, el tono gualda de la mantequilla, la púrpura del vino, destacándose en el mantel, alegraban con vivos colores la mesa, según observó uno de los comensales, y la conversación giró al tema de la pintura.

—Cristóbal Rojas—dijo Marcelo Casal— es nuestro gran pintor; su *Purgatorio* es una visión del Dante Allighieri y su *Paraíso* un ensueño de Dante Rossetti; nuestro público prefiere a Michelena porque es realista.

—Todos los pueblos nuevos son realistas; el idealismo no es comprendido sino en las razas que han recibido una larga cultura estética—asentó Ramiro Arcil, el bizarro autor de *Cuentos de Opio*, de los cuales dijo grotescamente un periodista que hacían dormir.

—Señores, Michelena y Rojas perdieron su castiza originalidad en los talleres de París; son espíritus franceses; el verdadero pintor venezolano no ha aparecido aún, ni hay síntomas de que aparezca por ahora—agregó Kraun, quien, con un nombre alemán, tenía un alma intransigentemente criolla y autónoma.

—Se prohíbe hablar de moral—interrumpió Marcelo—¿Han observado ustedes, siguió diciendo, cómo el vino se hace más suave y delicioso a medida que la copa que lo contiene es más delicada y frágil? En ésta, tersa como una epidermis femenina y sutil como un encaje, el vino es una melodía de Chopin... ¡Señores, brindo por el feliz regreso de nuestro querido compañero, quien pronto nos sorprenderá con su traducción de los *Pequeños poemas en prosa*!

—Mi traducción de Baudelaire no está aún terminada, dijo con cierta turbación Andrés.

La verdad era que nada había hecho durante su permanencia en París. La melancolía formada de fuerzas juveniles y energías sin empleo, que en la adolescencia pareció revelar en Andrés un temperamento de artista, se convirtió en una dicha animal entre los brazos de Marión; una especie de inconciencia había reemplazado el exquisito malestar viril de sus diez y ocho años.

A un lado de Andrés estaba Sebastián Ferreiro con su enjuta cara de asceta y de bobalicón, y del otro Chucho Díaz, de labios húmedos y ojos saltones é inyectados. Chucho había ido también a París a estudiar escultura, pero de allá volvió convertido en mediocre fotógrafo, y sin embargo con cien proyectos de grupos colosales, que debían adornar según él parques y edificios; llevaba siempre en el bolsillo paletas para trabajar el barro, y llegaba tarde y jadeante a las citas, disculpándose con que venía de concluir en el taller una de sus obras.

Ferreiro aprobaba todas las opiniones con la cabeza, por contradictorias que fuesen, pues aspiraba a saberlo y comprenderlo todo, a ser un Leonardo da Vinci, mientras penosamente terminaba su tercer año de medicina en la Universidad. Frente a Andrés, Pepe Valenzuela lo acariciaba amistosamente con la mirada; el pobre no había podido realizar su ilusión de vivir en el Barrio Latino, pero quería con una sinceridad rayana en sacrificio, al último recién venido de París; consolábase con la amistad de los que más afortunados que él, habían tomado el ajeno con Gómez Carrillo y otros escritores americanos que viven en la gran ciudad. El simple anuncio de un hotel extranjero lo llenaba de ternura y ansias de viajar, y en su vaga nostalgia, con sólo contemplar un sombrero de casa de Delion, imaginábase el boulevard tumultuoso y pimpante, según se lo habían descrito, y en el boulevard, entre la multitud, veía siempre las caras de los literatos y de las actrices célebres cuyos retratos conocía.

Pocas veces se había reunido tan selecto grupo de jóvenes «intelectuales», como en aquella comida con que se obsequiaba á Andrés. Días antes, separados por vanas rencillas se despedazaban mutuamente; pero sin saber por qué, con el regreso de Andrés sentíanse unidos por un lazo fraternal; simpatizaban en un ideal común de revolución artística; sí, era llegado el momento de trabajar en obras de mayor aliento; bastaba ya de croquis, acuarelas y apuntaciones críticas.

—Sergio sólo falta aquí—exclamó alguien.

—Ayer recibí una carta de él—dijo Kraun—que tiene de filípica y de égloga tropical; algunos párrafos no están del todo mal para ser leídos de sobremesa; ellos nos ayudarían a hacer la digestión de estos platos malsanos y afrancesados.

—¿La tienes ahí? —preguntó Andrés. — Léela.

Todos guardaron silencio. Kraun leyó:

«Quisiera hablarte con entera sencillez, pero aún no me he libertado de la atroz manía de hacer frases. Desde que se ha puesto en moda la publicación póstuma de las cartas íntimas, ha decaído la ingenuidad epistolar, pues allá

en el fondo todos escribimos como si un día nuestras cartas debieran ser conocidas por el público. Hasta en la lista del lavado somos artificiales.

Junto con el aire de las montañas, creo respirar y recuperar un alma joven y nueva, el alma de esta raza de campesinos, de los cuales desciendo. Ahora que sacudo el polvo de los libros, mis ojos ven por vez primera el espectáculo que me rodea; ya no es para mí la naturaleza la materia prima de un artículo literario; si hay un arte noble está en la contemplación sin objeto del mundo; los árboles, las nubes, la luna, el rocío no son ya un pretexto para unos cuantos parrafitos triviales. Al fin vivo hundido hasta las entrañas en el amplio universo.

El río es claro y fresco con un fondo de áureas arenillas. He presenciado en la pequeña ermita del lugar una primera comunión y el bautizo de una campana; imagínate que visten la campana con velo y azahares como una novia, y en medio de un coro de niñas la embalsaman con incienso y pesjua y la arrojan flores, El toque de Angelus, en el divino crepúsculo de los campos, me está haciendo cristiano, y como no hay por lo regular amigo que me vea y zahiera, me descubro a esa hora con la fe del carbonero.

No me fastidio, no. Aquí está de temporada María Luisa, la amiga de tu prima Isabel. Traidoramente he sorprendido tras los cañaverales del río, su interminable cabellera suelta, el tesoro de gracias de su cuerpo virginal. No ha dejado de contrariarme la noticia de que María Luisa se va pronto para allá en compañía de la hermanita y de su tía gruñona y bigotuda.

Vente a pasar unas semanas conmigo; te enseñaré a cuidar las vacas y a pastorear los becerros. Mi rancho tiene dos adorables cuartos de bahareque, y no faltan hamacas y guitarras...»

—Sergio está chiflado—exclamó Casal cuando Kraun terminó de leer la carta.

Durante la lectura Andrés permaneció taciturno. Aquel pueblo montaños apenas esbozado por Sergio, tomaba románticas proporciones en su mente; era como si una brisa rústica hubiese pasado por su árido espíritu; su fantasía divisaba un rincón de verdura, que lo llamaba como un regazo para su corazón

enfermo. La capital era una ridícula copia europea, la montaña algo grande y verdadero, obra de los cataclismos de la tierra en el trascurso de los siglos, El nombre de María Luisa pronunciado en medio de la cena, entre los dicharachos, carcajadas y las emanaciones casi nauseabundas de la comida, habían despertado en él un repentino disgusto por cuanto lo rodeaba.

Encendidos los tabacos y aturcidos por los licores, bajaron en tumulto la escalera del restaurant y se dispersaron en grupos Andrés rehusó acompañar a Marcelo Casal a un baile en los barrios bajos, a donde diz iba a tomar notas para su libro sobre la vida licenciosa en Caracas. A lo lejos se perdieron los pasos de Casal, quien al caminar balanceaba la brasa de su tabaco. Oíase el golpe seco de las mariposas nocturnas contra un foco eléctrico. Un cochero se dormía en su asiento con las riendas caídas sobre el lomo escuálido de los caballos, y el reloj de la catedral dio las doce en el silencio profundo de la noche.

Bajo la maravillosa claridad de la luna, la ciudad se embellecía. Las calles desiertas eran como ríos de un agua luminosa; en la plazuela de la Universidad las magnolias deslumbraban y las rosas empalidecían; las hojas de la ceiba gigantesca, fingían innumerables pupilas verdes y plateadas. Solo, en medio del arroyo, Andrés se sentía invadido por la inefable poesía de la hora; amaba así a su vieja ciudad sin ruidos, sin parodia de civilización, sin gentes que la afearan. Por un minuto creyóse el único sobreviviente de un pueblo desaparecido.

Sentóse en un escaño del Capitolio, y la imagen de María Luisa, tal como la recordaba antes de su partida, apareció con una blancura de lirio en el horizonte de su alma. ¡La interminable cabellera de María Luisa! Sí, la recordaba con la castaña trenza sobre la espalda, a la salida del Colegio. Sus compañeras gustaban peinarla por hundir los dedos en aquella profunda fuente de seda. Andrés desde lejos la seguía, tímido, avergonzado, sin atreverse ni siquiera a mirarla de frente: fue su primer amor de niño, un amor casto, inmaterial, incógnito; hecho con la más pura esencia, con la mayor blancura de su espíritu.

Con los párpados cerrados se representó Andrés a Sergio, espiondo sigilosamente a María Luisa entre los cañaverales del río; y un impetuoso acceso de

rabia lo hizo poner de pie. Dolíanle las sienas, y echó a caminar a la loca, hasta encontrarse en el sitio donde en su niñez esperaba a la colegiala linda y ágil, de la larga trenza sobre la espalda. La antigua casa del Colegio había sido derribada, y ahora veíanse las fuertes puertas de un almacén, atravesadas con barrotes de hierro. Y Andrés sintió romperse un globo de lágrimas en su seco corazón.

\*\*\*

Tres días después, en la sala de la Exposición, estaba Andrés al lado de Ernestina, contemplando las soberbias carnes desnudas de las Amazonas del cuadro de Arturo Michelena.

El caso de Ernestina era singular. Casada muy joven con un médico, comenzó a estudiar el canto; hacendosa como una hormiga, honesta y reposada fue, hasta que la música comenzó a efectuar en ella una transformación. Bella y de altiva apariencia, las más altas notas de su garganta, enunciaban el grito delirante de una oculta sensualidad. Cuando cantaba, quería Ernestina experimentar los sentimientos que inspiraron al autor de la obra lírica en el momento de la concepción, y de ese modo, inconcientemente, su propia voz fue penetrando como un mágico filtro en sus nervios, hasta convertirla en una exquisita máquina de perversas y complicadas sensaciones. Semejante a la heroína de *El Fuego*, llevaba en el rostro la huella de cien máscaras que habían simulado las pasiones mortales.

La imaginación aguzada por la música, despertó en ella el gusto por las literaturas de decadencia, el amor secreto por los hombres de alma errante, envenenados por el arte. Amiga de la familia de Andrés, sabía que, de una sensibilidad enfermiza, y hasta sus oídos llegó la historia de los desórdenes de Andrés en París; así, a la llegada de éste, buscó la oportunidad de encontrarse con él y ninguna mejor que aquella Exposición, donde un ambiente de elegancia y refinamiento favorecía las conversaciones que en otro lugar hubieran pasado por imprudentes.

—¡Qué hermosas carnaciones! ¿No le parece a usted, Andrés? —decíale Ernestina con su voz de contralto. —¡Oh, yo tendría en mi alcoba esta

Pentesilea! Ya que nuestro siglo prosaico nos condena a la monotonía, ese fresco admirable sería para mí un baño de juventud. ¡Oh, en un paisaje agreste, ir a horcajadas en un caballo, acariciada por la crin, sentir palpitar sus flancos sudorosos!

Una orgiástica ola de vida pagana hinchaba el pecho y la voz casi andrógina de Ernestina, mientras Andrés pensaba en la inspiración, que cual un soplo de efímera salud, había guiado la triste mano tísica del pintor.

Ernestina guardó silencio, y como Andrés con un suspiro exclamara: «¡Pobre Michelena» tendió ella desdeñosamente el tibio guante de cabritilla, diciéndole con un mohín en los labios:

— ¡Estáis muy filosófico, Andrés!

Y al alejarse nerviosa murmuraba: «Debe de ser mentira cuanto de él se cuenta; es un hombre como todos.»

El recuerdo de María Luisa creciendo en el alma de Andrés, había derramado una amable paz en sus sentidos. París se esfumaba en su memoria; la abominable Marión, al fin había desaparecido para él, y, como si hubiera vuelto a nacer, sentía revivir el antiguo candor de la niñez.

\*\*\*

Nunca como aquella noche experimentaba Andrés mayor bienestar al hundir el rostro en el agua de la jofaina. La fresca batista de la camisa lo acariciaba dulcemente; un ligero calofrío recorría su cuerpo. De frac ante el espejo, colocaba en el ojal un botón de rosa.

Después de interminables días iba a ver a María Luisa, en el baile con que el Club obsequiaba a los marinos alemanes.

En la calle los coches resonaban con estrépito, y desde lejos veíanse avanzar los triángulos blancos de las pecheras. Al entrar al salón, Andrés recibió una caliente bocanada de aromas, un efluvio de gasas, de flores, de epidermis. Bajo los árboles lánguidos del patio, quemados por los globos eléctricos, se amontonaban las parejas; de los senos descolados colgaban en un hilo de seda los diminutos lápices de los programas, que aleteaban como mariposas, en los

corpiños. Entre un grupo reconoció Andrés la ancha espalda de Sergio, quien, como atraído por un poder magnético, se volvió rápidamente, y soltando una carcajada, cayó en brazos de Andrés.

—¡Chico!... eres el mismo... ¡Caramba! —exclamaba Sergio en alta voz y atolondradamente— ¡cuánto tiempo sin vernos! ...Tenemos que hablar mucho... he venido... ya sabrás porqué...

Un arranque de celos y desconfianza atortojaba a Andrés, hasta el punto de no saber qué contestar a los ruidosos cariños de Sergio.

—María Luisa está aquí y me ha preguntado por ti, continuó Sergio.  
 ¡Cómo! ¿lo recordaba? ¿Había adivinado la colegiala el amor del joven que la seguía? ¿Había pensado en él? Tales preguntas surgían en tropel en la turbada mente de Andrés.

—Ven—dijo Sergio—y con el brazo campechanamente echado sobre el hombro de su amigo, se abrió paso entre la multitud.

En un banco del jardín, cerca de la orquesta, estaba María Luisa junto con Isabel, la prima de Kraun. Vestida de violeta, el traje diseñaba las formas de su busto de magnolia y las líneas firmes y redondas de sus piernas.

Al llegar ante ellas, Andrés se inclinó con cortedad, y en ese instante pensó que había olvidado la corbata, llevándose rápidamente la mano al cuello para asegurarse de que no era así.

—Señorita: mi amigo Andrés, —dijo Sergio a María Luisa.

—Ya sabía por los periódicos que había llegado usted —respondió María Luisa, con una franca sonrisa de sus labios en flor.

—Sí, señorita, va para tres semanas que estoy en Caracas.

—Y tendrá usted ganas de regresarse... es tan divertida, según cuentan, la vida de París.

Un letargo se apoderaba de Andrés, un veneno sutil penetraba por sus poros; como Marión, el cuerpo de María Luisa emanaba un perfume de opoponax. ¡Por sus ojos, por su garganta, por su boca asomábase el alma pervertida de Marión!



Y en la melodía voluptuosa de un valse de Strauss, Andrés giraba vertiginosamente con María Luisa, por cuyas venas parecían correr mil fuentes de opopanax. En una fiesta, moría entre sus brazos la blanca ilusión, el puro ideal, el inefable candor de la niñez; e invisible para todos menos para él, sobre las negras casacas y las espaldas desnudas, surgía triunfante la lúbrica imagen de Marión.



## El diente roto

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada —sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto —sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo, decía la madre al marido; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, moquetes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora, terminó por decir el sabio después de un largo examen, la santidad de mi profesión me impone declarar a usted...

—¿Qué, señor doctor de mi alma? interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible, continuó con voz misteriosa, es que estamos en presencia de un caso fenomenal; su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto —sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del «niño prodigio», y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pihuelo desarrapado, Edison, etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto —sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y «profundo», y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto —sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

# Viejas epístolas

## Luis Heredia a Ernesto Gómez

París: marzo de 1898.

Sólo en la intimidad de una carta podría confiarte mi verdadera impresión de París: en un artículo escrito para el público falsearía esa impresión a fin de no aparecer como persona vulgar, desprovista de gusto y de sensibilidad artística. Pero ya que hemos convenido en hablarnos con la relativa franqueza que es posible entre los hombres, te diré muy paso lo que he sentido y pensado a mi llegada a esta ciudad, confiado en que esto no traspasará los límites del secreto.

París, mi querido Ernesto, el París que he podido ver hasta ahora, es muy inferior al París que yo tenía en la imaginación, al París que había entrevisto al través de los libros franceses y de las descripciones siempre exageradas de los viajeros. En esto, como en todo, lo real ha sido la sombra empuñada de lo ideal, aunque haya quien afirme lo contrario. Desgraciada condición la del hombre: ¡poder realizar muchas de sus ilusiones!

Soñaba yo con una ciudad más hermosa, más enorme, más delicada, envuelta en una diáfana luz, poblada por una muchedumbre elegante, ávida de arte y de sensaciones exquisitas; y me encuentro en un laberinto de calles, con caserones de puertas y persianas cerradas, con sórdidas cocheras y almacenes

por donde trajinan, en un aire opaco, burgueses de corvas narices y abultados vientres. Las mismas parisienses, tan ponderadas en nuestros diálogos de la Plaza Bolívar, se me antojan sin gracia y en general feas, aunque por la manera de recogerse el traje y de peinarse la cabellera sobre la nuca en pesados toisones de oro, verdaderas obras de orfebre, permanecen tan tentadoras como siempre.

Lo peor es que este París «de carne y hueso» desvanece día por día mi otra ciudad interior, fantástica y divina, que me empeño en evocar y que miro ya hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto la noche del olvido caerá sobre la etérea ciudad de mi adolescencia, a donde no podré ir en romántico peregrinaje. Para consolarme, ¡extraño consuelo! me he puesto a leer el cuento de Julián del Casal, *La última ilusión*. El pobre poeta muerto, nos revela allí cómo conservaba piadosamente su última ilusión, y cómo no había querido venir a París para no perderla. El, como tú, y como yo antes de mi voluntario destierro, se había creado un París casi bizantino, raro, sutil, místico y perverso, que daba bailes rosados al espíritu de María Stuardo y fiestas galantes en Versalles, y hasta había llegado a suponer que el alma de Luis de Baviera se había reencarnado en el conde Montesquiou de Fésenzac, quien según me informan es un snob y un director de cotillones. ¡Incauto y gran poeta de la Habana! Y a propósito, dime qué sabes de la guerra de Cuba.

Benavente, el paradógico y voluptuoso Diógenes Benavente, ha regresado de su excursión a Constantinopla; de paso estuvo en Italia y en España. Viene echando chispas contra los autores que lo incitaron a estos largos y costosos paseos. Las culpas se las echa, yo no sé por qué, a Pierre Loti y a Díaz Rodríguez que le dieron la *lata*; de Sevilla se trajo esta palabra y unas castañetas. En su exaltación desencantada no piensa Benavente que los artistas son los seres embusteros por excelencia, y que sus deliciosas mentiras sirven para embellecer la vida; lo que sí sostiene con gran aparato de gestos es que los viajes se han hecho sólo para los imbéciles y para los hombres sin imaginación. De acuerdo con sus nuevas teorías bastan cuatro paredes, un sofá de damasco, cigarrillos,

licor, (en pequeña cantidad) y soltarle las riendas a la fantasía, para ir de un extremo a otro del mundo sin darse molestias ni procurarse decepciones. El sistema es cuando menos económico. Sin embargo, nuestro amigo se ha marchado hoy a Londres, pero me explica la contradicción, diciéndome que quiere poner el Canal de la Mancha entre él y una linda limeña que encontró en el baile de la Legación Argentina. Benavente es un enemigo de las mujeres, que como todos los de su especie tiene siempre el corazón colgado de una falda.

Antes de anoche fui a oír a *Lohengrin*, en el Teatro de la Opera. No te elogiaré la música wagneriana, pues bien sé que eres de los que lloran copiosamente con la locura de *Lucia*; pero sí te diré algo, aunque muy a la ligera, sobre Clèo de Mèrode, la que, como no ignorarás, es una bailarina que goza de una fama universal por su belleza. Mi vecino de la butaca del lado, un francés, me la hizo ver, con patriótico orgullo, entre las damas de honor de Elsa de Brabante, en la escena del matrimonio. ¿Me creerás si te digo que la mimada señorita de Mèrode no me hizo vibrar, o en otros términos, no me gustó? Ya veo venir tu sátira de que no soy admirador del eterno femenino sino cubierto de abundantes carnes. Es lo cierto que salí del teatro muy mortificado conmigo mismo al reconocer mi falta de sentido estético, y sin explicarme cómo una ciudad tan sensual como París, había hecho su ídolo aquel esqueleto de porcelana con bandas de negro pelo sobre las orejas.

Afortunadamente, en el Café de la Paz me encontré con Benavente a quien confíe mi perplejidad y quien, mientras paladeaba su aromosa taza de chocolate, me explicó el «fenómeno psicológico.» Según me puso en claro con argumentos irrefutables, como he tenido ocasión de comprobar después, para apreciar la belleza de Clèo se necesita «beber en fuentes clásicas» (cito textualmente), meditar á Anacreonte, á Meleagro, á Luciano de Samosata y las antologías áticas; el óvalo de su rostro está copiado de bajos-relieves antiguos, su cuerpo es de Tanagra. Nuestro amigo estaba en verdad elocuente esa noche y me disuadió de mi error. Ahora tengo junto a la mesa donde trazo estas líneas, una fotografía de Clèo de Mèrode (2 francos), de Clèo, el *bibelot* de la

decadencia latina, vestida, o desvestida, de sacerdotisa de Afrodita: los cabellos ceñidos con una corona de rosas, tañendo una flauta o instrumento arcaico cuyo nombre no sé.

Escribo de frac y á prisa porque tengo una cita con unos compañeros de la colonia. Te adivino sonriendo porque sospechas que no debe faltar allí el indispensable *odor di femmina*.

### **Ernesto Gómez a Luis Heredia**

Caracas: abril.

¡Egoísta, egoísta! exclamé al terminar de leer tu carta. Artimañas de abogado pones en juego para hacerme creer en tu desengaño y contagiármelo; como un avaro oculta su tesoro, así ocultas tu felicidad para mejor gozar de ella. No puedes negar que has pasado por la Universidad y que en los comentarios del Código aprendiste á alambicar tu pensamiento y á presentarlo según conven-ga; pero de algo me sirven mis veinte y tres años de experiencia y nuestros cinco de amistad, ¡oh afortunado Luis, que te empeñas en convencerme de que debo vegetar en esta ciudad en medio del mayor aburrimiento!

De la guerra de Cuba sé tanto como tú; las noticias contradictorias publicadas por los periódicos y las opiniones que cada uno se cree en el deber de emitir con motivo de este penoso asunto, acaban de confundirme. Estos señores que están al dedillo de la política exterior han embrollado mi criterio; un momento estoy con los americanos, cinco minutos después me voy del lado de los españoles: por supuesto que esta vacilación es de puertas adentro, y que para los demás sigo aparentando mi fe en la Doctrina de Monroe.

La famosa cuestión de la raza latina es el tema del día. Personas hay que por las apariencias nunca hubiera supuesto que pertenecían a la llamada raza latina y que son las más afanadas en sostener su abolengo. De la llamada raza latina repito, porque vamos a ver qué entendemos por esa frase hecha. Los franceses del norte tienen una décima parte de sangre latina, y los normandos



aún menos: aunque separados por el idioma los franceses del norte son tan celto-germanos como los habitantes del suroeste de Alemania; los españoles tienen una séptima ú octava parte de sangre latina disuelta en la de otra multitud de razas, entre otras la de los ligurios, cántabros, iberos, celtas, lusitanos, godos, vándalos, árabes: sólo en Roma y en la campiña romana, en Nápoles y sus alrededores y alguna que otra pequeña región italiana, encontramos el tipo latino más o menos puro; pero los orígenes de este tipo se pierden «en la noche de los tiempos» y nadie conoce sus elementos primitivos. Lo que nombramos raza es un pueblo que se ha establecido en una región, y sufre la influencia de ésta; el suelo crea las razas vegetales, animales y humanas. El tipo europeo trasplantado a América tiende constantemente a aproximarse al tipo criollo, y eso sin necesidad de cruzamiento, porque el suelo se lo impone. Los nombres que convienen a los pueblos son los nombres geográficos, el nombre de la tierra de donde toman su sangre, su aspecto exterior y la forma de su inteligencia.

Cúmpleme advertirte que estas ideas, expresadas casi con las mismas palabras, las encontré en una revista extranjera, pero que están tan de acuerdo con las mías, que las he tomado para mi uso particular; son mi recurso de erudición en todas las discusiones de sobremesa, recurso fértil que a menudo reduce al silencio a mis locuaces contendores.

De nuestra guerra interna no te digo jota, no sea que esta carta pueda ser inspeccionada, por motivos de orden público que no escapan a tu penetración; cosa que me perjudicaría en extremo, pues estoy en busca de un consulado o de una subvención para profundizar la arquitectura en París.

Fatma, la muchacha oriental vendedora en el mercado, que tú y yo admirábamos tanto, y quien, según creo, inspiró a Cabrera Malo su lírico y mahometano *Ars Religio*, se ha casado en la catedral, de traje blanco y azahares como una caraqueña. Esta sí que ha sido una decepción, pues la asiática hija del lejano Beirut, satisfacía, hasta cierto punto, mi gusto de exotismo y esas ilusiones de sultán que duermen en el fondo de casi todos los hombres. La idea

fija de Fatma era pasar por caraqueña: ¡ya lo ha logrado!; verdades que Caracas es «la Sultana del Ávila» y «tendida está cual virgen musulmana.»

De Rufino Blanco, Andrés Mata, Torres Abandero, Eloy González, Gabriel Muñoz y demás compañeros mártires, no puedo informarte, porque en visitas a los ministros para ver de conseguir el consulado o la subvención para profundizar la arquitectura en París, se me van las horas y no tengo tiempo para tertulias literarias.

Acaso te abrace pronto tu amigo que se había

A la falda de un monte que engalana  
Ferez verdura de perpetuo abril.

### **Luis Heredia a Ernesto Gómez**

París: mayo.

El primer párrafo de tu amable carta me pareció un poco duro, tal vez porque has puesto el dedo en la llaga. De súbito me has hecho palpar lo que puede haber de egoísmo bajo una capa de sinceridad. Somos hipócritas, pero a fuerza de serlo nos olvidamos que lo somos.

Hay, sí, mucho de egoísmo y de ligereza en mis apreciaciones de París. Las tardes en esta ciudad son admirables, (las mañanas no las conozco porque duermo hasta la hora de almuerzo), y los Campos Elíseos son indudablemente uno de los más adorables jardines del mundo. *Flaneando* por la Avenida, y perdona el galicismo muy natural en quien tiene dos meses en París, me he sentido ligero de cascos y de cerebro; el suelo bajo mis pies era elástico y el aire me traía mil femeninos efluvios; a todo el mundo suponía poeta, hasta a un agente de policía a quien sorprendí en la extática contemplación de las volutas de agua de una fuente pública; las ruedas de los coches levantaban un abejeo

de polvo dorado. Aquí comprendo la paradoja de Benavente de que el crepúsculo despierta en los hombres el deseo de coleccionar aventuras amorosas.

Ojalá consigas lo que solicitas; pero dicho sea entre nos, nunca había conocido tu afición por la arquitectura. Mas si este es el modo de que nos veamos pronto, y de que charlemos a lo largo de los bulevares ¡alabada sea la arquitectura!

Ahora, sin referirme a ti y hablando en general, no sé si por una forma del egoísmo o por un principio de nostalgia, esa comezón de abandonar el terruño nativo es en mi opinión un mal síntoma. Los empleos en los consulados y en las legaciones, tan solicitados por nosotros los jóvenes, son una disimulada manera de emigrar de la patria, la cual necesita precisamente de los talentos lozanos y de las energías juveniles. Por fortuna muchos de los que desempeñan empleos en los consulados y en las legaciones no sirven para otra cosa sino para firmar facturas y sonreír diplomáticamente.

El maligno de Benavente dice que entre nosotros lo indispensable para ser diplomático es *tener buena presencia* y que lo demás es secundario y aun innecesario. Benavente es un deslenguado; pero tratando con seriedad el punto: ¿por qué no (te vas a reír de mi proposición) por qué no enviar las inteligencias nuevas que se han formado en las universidades o por sí solas, al interior de la República como jefes civiles o en otros cargos por el estilo? ya que el funcionarismo y la concepción del gobierno paternal es enfermedad endémica.

Sé de muchos para lo que esto sería una excelente higiene moral y un empleo de las fuerzas ociosas que se tornan en pesimismo, como, por ejemplo, para aquel perspicaz compañero nuestro que en las visitas contaba sus desesperaciones y en los bailes sus tristezas, y a quien tuve la maldad de bautizar *Schopenhauer a domicilio*.

Además de que una temporada entre los labriegos, una mitigada propaganda tolstoista en los campos, sería fecunda en buenos resultados para la cultura de nuestro país.

Si hay en esto algo de optimismo, culpa es de la primavera y del olor a rosas frescas que sube hasta mi ventana.

Pasé uno de los puentes sobre el Sena para ir a ver a algunos compatriotas que viven «del otro lado del agua». El río corría color de ajeno bajo las arcadas. Al pisar el Boulevard Saint-Michel, comencé a encontrar parejas de amantes, ellos melenudos, ellas desmelenadas; todos cumpliendo con la obligación de estar alegres, porque no se comprende ser estudiante sin bailar can-can y vocear canciones. En el Café Vachette tuve la dicha de abrazar a viejos amigos que todavía no han cumplido los veinte y cinco años. Un poco encogido estuve entre ellos; la vida del barrio les ha dado mucho *sprit* y palabras que no comprendo. Me hice explicar algunas para emplearlas si hay necesidad: *beguin*, verbi gracia, quiere decir capricho sentimental y desinteresado; *lapin*, cita burlada y pillería de buen tono. Excelente rato y excelente cerveza en el Café Vachette.

Cierro esta ya larga carta. Se me olvidaba decirte que atrapé un constipado en el Luxemburgo, escribiendo un Canto al trópico, al pie del busto de Mürger.

### **Ernesto Gómez a Luis Heredia**

Caracas: junio.

Tú embarcas a los demás y te quedas en tierra, o mejor dicho, tú te embarcas y dejas a los otros en tierra. Véngase mi señor don Luis a ejercer de jefe civil y luego se verá si nos resolvemos a seguirlo en su propaganda tolstoista. De mí sé decirte que el campo me aburre y que no comprendo qué gusto pueden encontrar Urbaneja Achelpohl y Romerogarcía en andar describiéndonos las costumbres de los labriegos y las puestas de sol en nuestras serranías y valles.

A propósito, tengo que comunicarte que *Schopenhauer a domicilio* se ha afiliado al «criollismo» y que está escribiendo una novela. No se trata de vacas, ni de acequias, ni de maizales, sino de una novela caraqueña. *Schopenhauer* me ha leído algunos capítulos. Se propone probar que Caracas es una ciudad sumamente pintoresca, y que cada barrio de la ciudad tiene su fisonomía

especial: La Merced con sus frailes, sus tapias musgosas, sus casas de claustros sonoros en donde se oye la gota del tinajero, sus ventanas perpetuamente cerradas, es un barrio castellano, que conserva el carácter austero y la tradición del «mantuanismo»; la Candelaria con sus novios acodados en las romanillas, sus pianos destemplados y bulliciosos, es el romanticismo de la adolescencia; Santa Teresa con sus calles recatadas y sombreadas de árboles, es la paz de los matrimonios y el retiro de los capitalistas; San Juan con sus fritangas, ranche-rías, guitarras y cajas de música es el interior de la República que avanza hacia el Capitolio (por allí saldrán tus jefes civiles). Si al oriente, la ciudad con el ferrocarril central, las carreras de caballos y otros *sports*, es inglesa, hacia el occidente es asiática; hacia ese lado van en los cálidos mediodías, después de cerrar sus tenduchos, las turcas de ojos sombríos y manos adornadas con arabescos y sortijas, a recibir la polvareda caliente del Camino Nuevo, a comer, sentadas en el suelo y con el plato sobre las piernas cruzadas, sus menjurjes mal olientes. El héroe de la novela es un «inconforme», pero *Schopenhauer* ha tenido la idea original de presentarnos un «inconforme» de especie menos observada: no el «inconforme» que se conforma con vestirse a la moda de París, sino el «inconforme» del alma, el que, vistiéndose como un resignado caraqueño, tiene el alma inconforme y extranjera. Yo creo que *Schopenhauer* ha querido vengarse de ti, copiándote en ese tipo.

El capítulo que gustará más es el capítulo en que describe lo siguiente. El general Martínez es un viejo veterano de la Federación, que pertenece al Centro Católico y a otras sociedades religiosas; el cuadro es en la penumbra olorosa á incienso y á lirios de la Santa Capilla; el General está de rodillas, en un místico recogimiento; la luz policroma de las vidrieras borda un precioso tapiz de colores sobre su calva venerable ; de repente un toque de corneta del próximo cuartel, penetra como un grito humano hasta el santo lugar y turba la piedad del General; los recuerdos de las batallas y de las cargas a la bayoneta detienen la oración en sus labios; la imaginación lo transporta a los episodios sangrientos del pasado y agujonea sus ímpetus de antiguo militar. Hay también en la

novela una escena de amor, de una melancolía muy sugestiva: dos enamorados que se dan cita en el camposanto abandonado de los Hijos de Dios, en medio del canto de los pájaros y del follaje tupido y frondoso, alimentado con la carne de los muertos.

Que tú no hayas conocido mi afición por la arquitectura, no es una razón para que yo no la haya tenido siempre.

Mis ilusiones están en camino de realizarse. ¡Egoísta, egoísta!

### Luis Heredia a Ernesto Gómez

París: julio.

Cada réplica tuya es un golpe de buen floretista: me tocas, pero no llegas a herirme porque tus agudas frases vienen cubiertas con un botón.

Benavente me ha escrito de Londres. Su carta es una serie de impresiones que no hacen honor al equilibrio mental de nuestro amigo; la literatura y la manía de ser original le han creado una segunda naturaleza. Dice que Londres es el país del *flirt* y que es increíble el número de muchachas que ha besado de noche, en los parques de adrede oscuros, lo que le parece la más sabia disposición de la ley inglesa. Me habla de un club de cerebrales, especie de convento laico que se llama el *Hamlet Club* (para mí este club no ha existido sino en su imaginación). La regla del Club, según escribe, es que los miembros tienen que confesarse mutuamente y aplicarse recíprocas autopsias morales; hay celdas para la meditación y los exámenes de conciencia, y un *bar* muy bien servido por bellezas vestidas de Ofelias; en el jardín del convento, un enorme jardín, hay capillas y templos de todas las religiones, en donde los miembros pueden entrar, según su capricho; los ejercicios gimnásticos consisten en luchar contra las aspas de un molino de viento, como don Quijote.

Mucho temo que Benavente pase un mal rato en Londres, pues la ha dado por rondar por los peligrosos arrabales de la ciudad, por donde anduvo el misterioso y siniestro Jack el Destripador. Está encantado con los payasos de los *Music-Halls*, que le representan el triunfo de lo excéntrico, de lo irracional, de la mueca y del humorismo desenfrenado. Al final de la carta me encarga «averiguar con disimulo» si Lolita Salazar, la limeña, se acuerda de él y si hay alguno haciéndole la corte. Los comentarios huelgan.

He vuelto varias veces al Café Vachette. Es digno de notarse cómo la distancia desarrolla en nosotros las facultades administrativas. Tanto los amigos compatriotas como yo, formamos planes y proyectos descomunales; se diría que prescindimos de todos los obstáculos y que nos bastaría extender la mano para enderezar todos nuestros entuertos nacionales; cada uno de nosotros es un político y un financista y un sociólogo; la utopía crece libremente en nuestros cerebros con el olvido de la patria. Sin embargo, cuán preferible es esto al escepticismo que huela la esperanza y «al dejar rodar la bola» de nuestros grandes hombres *prácticos*.

Las floristas en medio de las rosas y las lilas, la nota carmín de los carritos de fresas y cerezas, y los corpiños de muselinas, son un espectáculo delicioso.

¡Oh primavera juventud del año!  
¡Oh juventud primavera de, la vida!

Te remito la «novela vivida» que acaba de publicar la célebre cortesana parisense Liana de Pougy, y que, ¡quién lo creyera! es uno como tratado del perfecto quietismo escrito por Nuestra Señora de la Champaña. Sin complacernos en los detalles, la autobiografía de esta cortesana, puede conducirnos al mismo apartado lugar a que nos invita el asceta. El placer es una sombra y anhelar alcanzarlo una locura. Leamos, pues, junto a nuestra lámpara familiar, y meditemos el antiguo consejo de nacer, vivir y morir en una misma casa.

### **Ernesto Gómez a Luís Heredia**

Caracas: agosto.

¡Conseguida la subvención! Apenas me queda tiempo para hacer mis últimas visitas de despedida.

Espérame en la estación, si es posible con dos floristas. A bordo leeré los consejos de Liana de Pougy.



# **Sensaciones**



## Decadentismo y Americanismo

Hay actualmente en América un movimiento literario sobre el que caen crueles sátiras, y al que críticos celosos y malhumorados tratan de detener en nombre de la tradición y del buen sentido. Por un momento se creyó pasajera nube de verano, mera cuestión de moda, pero se generaliza y persiste demasiado para creerlo. Efímeras revistas que mueren, faltas de lectores, entre espasmos líricos; adolescentes que cuentan sus ensueños en poemas vagarosos, en prosas complicadas, y esto no uno ni en una sola nación, sino muchísimos y en todo el continente.

Se atribuye a la moda, a la moda que nos viene de París, junto con las corbatas y los figurines de trajes; pero, aun así, podría argüirse que una moda extranjera que se acepta y se aclimata, es porque encuentra terreno propio, porque corresponde a un estado individual o social y porque satisface un gusto *que ya existía* virtualmente. Hasta los nuevos modelos de vestidos y los colores en boga son determinados por el ambiente de ideas y sentimientos de una época, ¿y no ha de serlo la literatura? Si se aclaran o se oscurecen los tintes de las telas, es de acuerdo con la estación del año; cada vaivén de la moda indica una variación en el termómetro social; también las maneras de pensar y de escribir están sometidas a la temperatura moral. Si París impone hoy sus modas, es porque satisfacen íntimas afinidades de los pueblos que las adoptan;

cambien esas afinidades y entonces nos vendrán de Londres o de Nueva York las ideas y los patrones de modistas, hasta que nosotros podamos exportarlos.

Ahora con llamar a otro «decadente», ya se cree quien tal epíteto lance, persona docta y muy á plomo sobre sus dos pies. Y lo peor es que casi todos los que así hablan, no dejan de dar su golpe de piqueta al antiguo edificio, o de poner una piedra para la nueva Babel; digo Babel por su altura que no por su confusión, pues que si ésta llega a producirse es recogiendo los dialectos dispersos y mezclándolos en la lengua que han de hablar las generaciones futuras, si antes no ocurre un diluvio u otro cataclismo por el estilo. Ahora si alguien llamara al ave «ramillete con alas» sentaría plaza de «decadente» y de «simbolista» y eso lo escribió Calderón hace qué sé yo cuántos años.

Es a los simbolistas franceses a quienes se atribuye la «funesta sugestión» y las cosas que en el mundo de las letras pasan en América. Que me perdonen si los injurio, pero yo sospecho que la mayoría de los llamados simbolistas americanos no conocen a los llamados simbolistas franceses. El mismo Rubén Darío en su libro *Azul*, que ha sido la piedra de escándalo de la escuela, no tiene nada que trascienda a simbolismo; lo que sí puede tal vez encontrarse allí es la huella de Gautier, de Mendes, de Loti y aun de Daudet y otros realistas de su índole. Se me dirá que no hay peor ciego que el que no quiere ver; así sea, pero es la verdad que sólo en algunas páginas de sus últimos libros vislumbro la influencia «simbolista», y eso muy disuelta en su temperamento. Para mí, a Darío le ha pasado en esas ocasiones como a la mujer de Lot: tanto le hablaban de la ciudad maldita que volvió los ojos para mirarla; sus primeros pasos iban por otras rutas, pero quiso ver las regiones extrañas a las que le dijeron pertenecía; su propio nombre oriental lo excitaba a la aventura. Además, es probable que a veces le ocurriera lo que a ciertos escritores muy admirados é imitados, los cuales corren el peligro de exagerar su propia originalidad, para no permanecer al mismo nivel de los que han descubierto el secreto de su estilo o de su método ideológico. Gutiérrez Nájera, que pasa también como otro de los padres de la «decadencia americana», más tenía de Musset y de

Banville que de Mallarmé y de sus discípulos. ¿No pone el exquisito poeta al final de su *Vestido Blanco* á Verlaine y a Eduardo Rod como escritores de una igual familia espiritual? ¡Deliciosa confusión! Martí había bebido en antiguas fuentes castellanas; Julián del Casal era un parnasiano con el alma torturada, y esto de tener un corazón triste es cosa inevitable, que casi nada tiene que hacer con la retórica ni con la métrica.

En mi concepto los simbolistas franceses han ejercido poco o ninguna influencia en América, donde son casi desconocidos; lo que se llama «decadentismo» entre nosotros no es quizás sino el romanticismo exacerbado por las imaginaciones americanas.

Veamos qué es el simbolismo. El llamado simbolismo no ha tenido nunca una estética, ni ha profesado ningún código; según uno de sus críticos, significa: individualismo en literatura, libertad del arte, abandono de las fórmulas enseñadas, personal originalidad. He aquí por cierto una fórmula bien amplia que aceptarán todos los que anhelan la sinceridad artística. Que cada uno profese una estética a su imagen y semejanza. El simbolismo no fue nunca una capilla cerrada, sino una palestra abierta en donde se reunieron los que protestaban contra el naturalismo triunfante, «más contra sus pretensiones absolutistas que contra sus obras», los que «venían a reintegrar la idea en el Arte». Hay quien se imagina que ser simbolista es emplear los vocablos «lilial y esfumar» y ser anfibológico y tener los ojos y los oídos tapados a la realidad; no, oigamos a Remy de Gourmont, uno de los más altos representantes de las nuevas tendencias literarias: «La observación exacta es indispensable a la refabricación artística de la vida. Aun para una figura de ensueño un pintor está obligado a respetar la anatomía, a no hacer divagar las líneas, a no amontonar colores imposibles, a no abandonarse a perspectivas chinescas. El idealismo más desdeñoso de la realidad bruta debe apoyarse en la exactitud relativa que es dado conocer a nuestros sentidos». Nada menos parecido al etéreo neurótico forjado por algunos satíricos y adversarios.

Es probable que haya confusión lamentable de términos, y es lo que yo desearía que meditasen quienes estudian la vida mental en sus manifestaciones artísticas. Tal vez visto con mejores intenciones y más comprensivamente, sea un hermoso espectáculo el que ofrecen en América algunos espíritus que afinan y cultivan su sensibilidad en medio de las más ásperas y rudas costumbres. Tal vez la nombrada «decadencia» americana no sea sino la infancia de un arte que no ha abusado del análisis, y que se complace en el color y en la novedad de las imágenes, en la gracia del ritmo, en la música de las frases, en el perfume de las palabras, y que como los niños ama las irisadas pompas de jabón. Habría que preguntarse si un estilo de decadencia no es más bien el estilo árido y frío, fruto de una inteligencia fatigada que abandona la belleza de las apariencias para irse como un escalpelo al corazón de las cosas.

Ha habido sin duda una revolución en la técnica: la prosa tiende a hacerse menos oratoria y más plástica, y el verso más sutil y sugestivo; martillean menos los consonantes al final de las estrofas, y el ritmo flota con más libertad en torno de la idea; suenan más los instrumentos de cuerda que los de cobre en la orquestación verbal, pero según mi criterio, esta evolución en la técnica es paralela a una evolución sentimental: a nuevos estados de alma, nuevas formas de expresión, y si esos estados de alma son vagos y «crepusculares», débese a hondas causas sociales, a la educación, al angustioso momento histórico cuyo aire respiramos. Por ejemplo, es más visible hoy la desproporción entre el hombre y el medio: el progreso individual de gran número de inteligencias ha sido naturalmente más rápido que el del medio social rebelde, en cierto modo, al perfeccionamiento armonioso: a la cultura estética ha seguido un malestar y una turbación profunda en las almas; los «retozos democráticos», la escasez de goces intelectuales, la vulgaridad de las opiniones, hieren más profundamente las sensibilidades refinadas; de éstos se puede decirse, invirtiendo una frase célebre, que vinieron demasiado pronto a un mundo demasiado nuevo. En las ciudades más o menos incipientes de América, sufre más que en las de Europa quien se eduque en una dirección artística: muchos emigran hacia

centros más civilizados, otros sucumben trágicamente como Julián del Casal y José Asunción Silva, otros vulgarmente se gastan en las intrigas políticas. Es de creerse que cuando la cultura intelectual se generalice y los «casos» de hoy constituyan una fuerza, ésta tenderá a elevar el nivel social, acelerando así el progreso de la sociedad.

Se critica con razón el abuso que de los arcaísmos y neologismos se hace; pero aun en esto debe verse algo más que mera garrulería y presunción sistemática. La psicología del lenguaje forma parte de la psicología del que lo emplea. Cada autor tiene causas de simpatía por las palabras que emplea con frecuencia. Se ha observado que el poeta francés Henrique de Regnier usa más de cincuenta veces «oro» y «muerte» en uno de sus volúmenes de poesías; Maeterlinck repite «extraña» y «noche»; Verhaeren «alucinación»; nuestro gran Pérez Bonalde «siempre» y «jamás». Cada uno de nosotros tiene esas que provisionalmente podríamos llamar manías verbales.

Pero las palabras con el trajín diario se gastan, y pierden por un tiempo su poder evocador; entonces renacen los arcaísmos y se crean neologismos, que por su novedad parecen aptos para provocar la sensación precisa que el autor desea despertar en el lector, puesto que todo artista es por naturaleza expansivo. El notable escritor alemán Hermann Bahr ha hecho un perspicaz análisis sobre su propio estilo, análisis que me atrevo a condensar aquí —no sería honrado apropiármelo— y que nos ilustrará acerca de la cuestión de que venimos tratando.

Nuestra desgracia —dice— es que hemos crecido entre palabras sin valor propio; no teníamos a nuestro alcance sino palabras que no habíamos *vivido*, que nos parecieron usadas, y por eso buscamos otras que teníamos por nuevas. Para las cosas que *vivimos* por primera vez necesitamos también palabras que aún no hayamos pronunciado. Habíamos siempre hablado sin sentir nada, y ahora que sentíamos por primera vez, no podíamos emplear las mismas palabras de que nos servíamos cuando no sentíamos nada. Verbigracia, en la escuela nos enseñaron a llamar «bellas» mil cosas antes de que hubiéramos sentido

que algo era «bello», pero cuando lo sentimos no supimos con qué palabra expresarlo, ¿nos serviríamos de la palabra «bello», vieja y usada que habíamos pronunciado tantas veces para designar cosas indiferentes? No, no era posible; y como no encontrábamos un adjetivo suficientemente precioso, procedimos de otra manera; descomponiendo la impresión de «belleza» en todos sus pequeños momentos, denominando cada uno con un adjetivo.

En síntesis, para Bahr, como para todos los de su raza intelectual, europeos o americanos, el estilo es un reflejo de la vida interior. Más tarde, también por razones sentimentales, volvió sobre sus pasos recogiendo las palabras despreciadas al principio. Esperábamos —escribe— que de la suma de todos esos adjetivos resultaría una definición para el conjunto de nuestra gran emoción; pero más adelante nos dimos cuenta de nuestro engaño: lo que había de «bello» en la «belleza» se perdía cuando, con tan gran número de adjetivos, lo dividíamos en sus elementos.

Teníamos ante nosotros fragmentos cuando queríamos un todo completo, y así volvimos a buscar la vieja y mediocre palabra despreciada «bello» que no nos había parecido suficiente. Y al adoptarla nos sorprendimos, pues nos pareció grande y potente cual ninguna. Piénsese en un hombre a quien a menudo se le ha hablado del amor, y que un día lo experimenta; al principio la palabra usada le parecerá vulgar é inventará mil términos nuevos; ninguno lo satisfará hasta que aprenda a respetar el viejo «yo te amo», pues las palabras vuelven a ser jóvenes con tal que los labios lo sean.

Acaso esta larga y jugosa citación nos ayude a encontrar la causa del apareamiento de los neologismos y arcaísmos en el lenguaje de nuestros pseudo-decadentes. Acaso el lenguaje atravesase por una inevitable crisis para llegar a una mayor limpidez y pureza, a un estilo diáfano, como la luz blanca, que es el último resultado de la composición de los colores del prisma. Se señala igualmente como un defecto la verbosidad o ampulosidad del estilo; pero esto puede originarse, aunque parezca paradójico, de un escaso vocabulario, de un conocimiento incompleto de los tesoros del idioma: así por ignorar el término



preciso nos vemos con frecuencia obligados a construir una frase o un párrafo que lo sustituya, y vase de ese modo hinchando la forma por pobreza de lenguaje.

Existe también hoy una noble impaciencia por apresurar el advenimiento de lo que unos llaman «criollismo» y otros «americanismo», es decir de la cristalización estética del alma americana y su objetivación por medio del arte. Laudable ideal, que es el de casi todos nosotros los hijos del Nuevo Mundo y al que marchamos deliberada o indeliberadamente de años acá. Desde mi punto de observación, veo ya en nuestra literatura un «aire de familia» que la distingue no sólo de las literaturas exóticas, sino aun de la misma castellana. Hay en quienes se marca más esta diferencia, y no precisamente en los que se esfuerzan en ello, pues hasta en los que suponemos que rinden un culto exclusivo a las hegemonías extranjeras, obra la energía que brota de las entrañas de las razas y del medio. Se diría que las ideas que vienen desde la vieja Europa al mundo nuevo, reciben aquí el bautismo de nuestra tierra y de nuestro sol, y que nuestro cerebro, al asimilárselas, las transforma y les da el sabor de la humanidad momentánea que representamos. El resto será labor del tiempo.

Se cree que las influencias extranjeras son un obstáculo para el americanismo; no lo pienso así, y aun me atrevería a suponer lo contrario.

Seamos justos en reconocer que, a las literaturas extranjeras, y en especial a la francesa, les debemos un gran afinamiento de los órganos necesarios para la interpretación de la belleza; a ellas les debemos los métodos de observación y el gusto para ordenar nuestras impresiones, según una especie de perspectiva estética. Los sentidos, como todas las fuerzas de la vida, están en perpetua evolución, y a las literaturas extranjeras les debemos en gran parte el aceleramiento de aquella. Nuestros ojos han aprendido a ver mejor, y nuestro intelecto a recoger las sensaciones fugaces. Son las literaturas extranjeras algo como un viaje ideal, que nos enseña a distinguir lo que hay de peculiar en las cosas que nos rodean y entre las cuales hemos crecido. Si nos aleja un tanto de la raza, es lo necesario para apreciar mejor sus relieves, matices y rasgos característicos;

tal como hacemos con un cuadro que ha de ser visto a distancia y no con los ojos sobre la tela.

No hace mucho un puntilloso compatriota, recordaba a los nuevos escritores de América el consejo de don Andrés Bello:

Tiempo es que dejes ya la culta Europa  
Y dirijas el vuelo a donde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.

¿Pero no aprendería Andrés Bello en los clásicos griegos, latinos, españoles y franceses a gustar la belleza de la zona tórrida?; ¿no lo iniciarían Horacio, Teócrito, Fray Luis de León, Lamartine, Delille, sobre todo, en el manejo del pincel, y no le revelarían los secretos de su mágica paleta, sin lo cual hubieran quedado inéditos los «colores mil» de nuestras selvas, ríos, aves y flores?

A donde quiero ir con estas apuntaciones, o como se las llame, es a desear una crítica más comprensiva y benigna de las manifestaciones del arte nuevo en América. ¿Por qué ahogar con burlas y rigorismos gramaticales el despertar de un arte naciente? No niego la virtud de una crítica severa, pero prefiero una crítica tolerante que tenga el santo temor de equivocarse. Entre nosotros la crítica implacable y dogmática es menos justificada que en los países en donde la literatura es una de las maneras de luchar por la existencia. Es sabido que escribimos como el árbol da flores, y, si se quiere, espinas, pero, en fin, es para nosotros el arte una función natural del alma, tal vez un consuelo y una liberación, y nunca un cómodo sistema de acaparar monedas. El literato suele ser entre nosotros un hombre que como cualquier otro va a su taller o calcula sobre los libros comerciales, dedicando algunos ratos a cantar sus esperanzas y desesperaciones, quizá con algunas faltas de gramática, y que termina sus días en un consulado o en un almacén, después de saborear la gloria de ser leído por media docena de amigos en la sección recreativa de un periódico.

## Hojas de un diario

Diríase éste un día de España, de la España vista al través de libros como el románticamente nombrado «De la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte;» de una España quizás más imaginaria que verdadera, católica y sensual, enamorada de la destrucción y de los grandes gestos heroicos. Día éste de robos sacrílegos, de corridas de toros y de guerras en despoblado.

El sol reverbera en las paredes blanqueadas de cal y en los clavos de las puertas cerradas de la catedral. En la torre, la campana no llama a los fieles, de duelo por el sacrilegio cometido. Violado el sagrario, la Santa Custodia ha sido robada, la custodia que el domingo anterior había brillado como un pequeño astro de oro, con cien miradas de diamantes, turquesas y esmeraldas, tras la nube azul y dorada del incienso bendito. Dios ha sido arrebatado de su templo bajo un harapo de mendigo blasfemador, bajo un manto, bajo la falda de una mujer: quien sabe para ser llevado a qué diabólico sabat, a qué infernal misa negra; o bien para ser transformado al golpe del martillo, en informe masa de áureo, metal: las piedras ricas y raras van a lucir en manos de acaudalados y cortesanas; ¡todo será convertido en pan y en placer!...

Un poeta amigo, aficionado un tanto a la cábala, aprovecha el aliento medioeval del día para releer las páginas del *La-Bàs* de Huysmans, en donde son referidos los robos de hostias y de copones sagrados; la historia de Gilles de

Retz, el señor feudal que había hecho pacto con el Diablo. Y el poeta, trajeado de negro, enjuto como un asceta, me confía esta espeluznante leyenda futura por él imaginada:

«De remotos países llegó un artista maldito, tal vez el mismo Satán, para emponzoñar la Ciudad. Disimulado con el traje de clérigo permaneció hasta el anochecer, de rodillas ante el sagrario. Después del toque de Ángelus, el chiquillo perrero estuvo sacudiendo el látigo en el lomo enarcado de un perro, que gruñía huyendo por las naves, haciendo oír sus uñas sobre las baldosas heladas, apretándose contra los altares, fulgurantes las pupilas, el rabo oculto entre las piernas; en la sacristía derribó, en su fuga de endemoniado, un grueso misal del siglo antepasado ; absorto quedo el monaguillo cuando oyó que el gruñido del perro fue alejándose en las tinieblas y que su látigo golpeaba sólo el vacío.

Las puertas del templo fueron cerradas con estrépito, crujiendo sobre sus goznes con un graznido de ave nocturna. Oculto en un confesonario esperó el artista maldito la media noche, la hora de las brujas y de los espectros, para sacar del sagrario, valiéndose de una ganzúa del tiempo de los Borgia robada en un museo italiano, la Custodia Santísima.

Un asfixiante olor a azufre impregnaba el aire frío del templo, cuando el capellán abrió la puertecilla de la sacristía para la misa de cinco. Confundido con los fieles estuvo el heresiarca durante el servicio divino, y con ellos salió confundido, perdiéndose en las calles desiertas.

Con el oro de la Custodia acuñó monedas que sonaban como irónicas y finísimas carcajadas dentro de las escarcelas y al golpear la mesa de juego; las piedras preciosas fueron ojos de salamandras, cimaras de monstruos, colas de reptiles, joyas de belleza inaudita, montadas en metal a fuego lento cincelado.

De este modo fueron podridos los cuerpos y las almas. Al contagio de joyas y monedas los espíritus ardían en fiebre de lascivia, de rapiña, de asesinato. Fue el reinado de los siete pecados capitales. Así la Ciudad vino a ser una enorme úlcera sobre la faz de la tierra...»

Mientras mi amigo el poeta exponía su argumento de drama o cuento fantástico extractado de una noticia de sensación, en el circo de toros, en medio de una gran mancha de sol, la muchedumbre se mostraba buena hija de España, aclamando la espada tinta en sangre del torero de pie, con un gesto triunfador, ante el animal muerto, la lengua sobre la arena, blancos los ojos, luciendo cintas tricolores en la cruz.

Y más lejos, más allá de los llanos, la corneta dando la señal de ataque, el gran pánico de la guerra, pueblos saqueados, mujeres violadas, niños hambrientos, fusiles, cuchillos y bayonetas relampagueando bajo la desolación del cielo...

Una historia aun no escrita del espíritu humano, sería aquella en que se fuese hasta las entrañas de esos *ismos* literarios, que podríamos llamar modas del alma: romanticismo, clasicismo, realismo, etc. La autopsia ideológica de dichas palabras nos descubriría al fin la actitud moral que en verdad designan, y que los apasionamientos críticos y escolásticos no nos han permitido distinguir. Si como se lee en una metafísica de los trajes, las idiosincrasias espirituales se revelan en el color y corte de las vestiduras, cuanto más íntimo no será el origen de esas modas del alma, las cuales nos permiten conocer el estado de la sensibilidad y de la imaginación de un hombre, de un grupo de individuos y aun de un pueblo, en un momento dado.

Hasta ahora, ciertos procedimientos verbales, una peculiar manera de expresar los pensamientos, ha sido confundido con el fondo mismo de la cuestión; de ese modo se ha escrito sobre el romanticismo de los clásicos, y es probable que, sobre el clasicismo de los románticos, pero rara vez se ha entrado plenamente a analizar lo que esas palabras significan desde el punto de vista psicológico, es decir, como manifestación de estados de ánimo.

La mayor confusión reina en este asunto, no tan baladí como pudiera creerse; así por ejemplo, mientras muchos nombran romanticismo el culto de la leyenda oriental y de la época caballeresca, Baudelaire afirma que quien dice romántico dice arte moderno, y que llamarse romántico y mirar

sistemáticamente el pasado es una contradicción ; mientras Zorilla rechaza a Víctor Hugo y sus discípulos por artificiosos y extravagantes, Larra saluda en la revolución romántica, el advenimiento de la observación y del realismo en el arte; después Zola ataca a los románticos como falsificadores de la naturaleza y de la realidad, hasta que el autor de *Germinal* es a su turno llamado «poeta» a causa de la exuberancia de imaginación, cuya influencia en la literatura había calificado de funesta, en nombre de la escuela naturalista. Para descifrar el sentido del simbolismo, Julio Huret interrogó a sesenta escritores franceses, de los más eruditos y competentes, y sólo puso en claro la mutua descortesía y mala voluntad que reina entre casi todos ellos, y el infierno de la divina comedia literaria.

Con objeto de rejuvenecer estos problemas de psicología y de estética, Pablo Adam, Camilo Mauclair y otros no menos autorizados contemporáneos, han querido hacer una nueva y categórica distinción entre la literatura *sentimental* y literatura de *ideas*; pero esta distinción proviene a mi entender, de una antigua reminiscencia: de la supuesta discordia del corazón y del cerebro. La ciencia ha venido a convencernos de que el corazón es una entraña que cumple inconscientemente su misión orgánica, y que fuera de ello no es sino una bella metáfora; ya sabemos que tener un «gran corazón», pongo por caso, es alabanza que bien mirada no quiere decir sino que la válvula posee amplia capacidad para contener la sangre, y energía bastante para distribuirla en las venas; de tal modo que quizás, y en contra de lo que deseamos expresar a menudo, los grandes corazones sean por exceso de fuerza vital, los más propensos a la violencia y hasta al crimen.

El lenguaje progresa con más lentitud que el espíritu, por cuya razón nos es extraño que continuemos oponiendo las ideas a los sentimientos, como si creyéramos aún en la fisiología angelical que servía de base a dicha distinción. Lo que llamamos sentimientos no son acaso, sino los instintos más imperiosos y las ideas más vivas en el hombre, o invirtiendo los términos, las ideas son instintos fatigados y sentimientos lánguidos o viejos. Un sentimiento antes de

abandonarnos se transforma en idea, y una idea que nos domínese convierte en sentimiento. La lucha entré «el corazón y el cerebro» es el nombre que damos al diálogo mental, al encuentro de dos corrientes psíquicas; a la más débil de estas corrientes llamamos por lo regular idea, y su derrota suele ser un triunfo del misterioso «genio de la especie».

Creo que todos los *ismos* literarios no son en síntesis sino «maneras de sentir», estados de alma, que dependen en mucho de la edad, el medio ambiente, de circunstancias, que en un momento dado pueden ser y son simultáneas en varias personas, las cuales por un fenómeno de polidaridad se atraen mutuamente y se constituyen en grupos. Un mismo hombre experimenta todos esos estados de alma en los múltiples instantes de la existencia, y el que, sin preocuparse de etiquetas y clasificaciones, los anota ingenuamente como un Montaigne, un Goethe o un Amiel, da la más completa y perfecta imagen de un espíritu.

\*\*\*

*Domingo: 2 de julio.* —Cuando menos este día es una fiesta para los ojos. En casi todas las ventanas ondea una bandera; sonrén los colores en el rostro macilento de las casas. La santa alegría de la luz penetra en las almas y borra por un instante el gris que las nubla. Manifestación católica, que sin embargo despierta en los sentidos deseos más mundanos que ultraterrestres.

Los artistas —me dice alguno— amarán siempre la pompa religiosa del catolicismo, porque en medio de la vulgaridad contemporánea, la Iglesia ha sabido conservar la belleza de sus símbolos; traspasado el pórtico del templo el espíritu puede vivir libremente y crearse emociones lejos de la época; a la fealdad del traje moderno, oponen los sacerdotes sus mitras, sus capas pluviales, las albas de góticos encajes, la trama confusa de las casullas. En nuestros más míseros pueblos, la voz del armónium, el lirio ofrendado á la Virgen, el paño del altar, el áureo copón, el incensario, son las únicas obras que revelan a las inteligencias rudimentarias, la existencia de algo superior a las órdenes del jefe civil y a la ley del garrote. La misa es el único espectáculo estético de nuestros apartados villorrios.

Otro menos pagano, o apegado a las formas exteriores, me habla sobre la influencia moral de este día: Si todos los que han pedido al Santo Padre la consagración de nuestra República, ofreciéndole en cambio el propósito de una vida mejor en lo venidero, lo hacen sinceramente, podemos esperar el comienzo de la regeneración que necesita nuestra Patria. Poniendo a un lado la cuestión de creencias, tenemos derecho a suponer que tantos esfuerzos reunidos de la mayoría católica, deben producir efectos positivos y visibles: la pacificación de los caracteres, la bondad de los corazones, los brazos que dejarán caer las armas fratricidas, la armonía colectiva, la caridad y la solidaridad social, el trabajo purificador y fecundo, eso y mucho más ha de ser el resultado de esta comunión general. Y a no ser así, los escépticos seguiremos dudando del arrepentimiento y pensando en la vanidad de las apariencias.

Yo por mi parte me he entretenido en averiguar la nacionalidad de las banderas, dándome de este modo una lección objetiva sobre el cosmopolitismo de Caracas. Si no me engañan los síntomas, la bandera nacional va a estar en minoría dentro de pocos años. Caracas se internacionaliza y se hace casi el extranjero de Venezuela. Está aquí en fermentación una nueva sociedad formada con energías de otras razas; mientras el criollo politiqua, el hombre venido de remotas playas trabaja y prospera bajo la garantía de su bandera; si no levanta el vuelo, llamado por el campanario de su pueblo, sus hijas serán las esposas y las madres de los venezolanos de mañana. El problema será al encontrarse Caracas europeizada ante Venezuela aún no salida del sopor tropical.

*Miércoles: 5 de julio.* —Una que otra bandera como avergonzada contra los barrotes de las ventanas. Celebramos sin embargo la independencia de la tierra en que han de pulverizarse nuestros huesos.

Contemplando el *Miranda* de Michelena, ocúrreseme el irrespetuoso pensamiento de que el grande hombre fue un «inconforme» en su época, y como su época era de hazañas heroicas e idealismos intransigentes, él fue un «inconforme» heroico e idealista. Hoy nos empeñamos en aclimatar modas y literaturas de París, *sports* y pecados elegantes. Miranda quiso aclimatar la Revolución



Francesa, el ensueño girondino, las campañas republicanas. Nostálgico de acontecimientos que había presenciado y en que había tomado parte, quiso reproducirlos en su país, pero nuestro ejército le resultó feo, nuestros gestos sin nobleza, nuestros campos de batalla sin hermosos horizontes; así capituló en La Victoria su sublime inconformidad.

A las 9 de la noche en la Plaza Bolívar. Entre una doble y cerrada hilera de sombreros de copa, el lento deslizar de sombreros femeninos: diríanse canastillos y flores flotantes sobre el agua de un canal.

En el boulevard cercano, una masa oscura, á trechos agujereada por la luz eléctrica: una anónima muchedumbre de caras vueltas hacia el globo de papel que sube hinchado y luminoso dejando caer lágrimas azules, rojas, amarillas. Sube, sube hasta confundirse con una estrella, y se quema en la altura, sin que la multitud, ya distraída con un nuevo globo, lo advierta; llevada por la brisa, va a caer la pavesa apagada, en uno de los barrios de miseria de la ciudad, donde muchachos anémicos y hambrientos lloran, pidiendo pan.

\*\*\*

Las primeras lluvias han limpiado las hojas y hecho retoñar el musgo fresco y de un verde intenso, en la Plaza de la Misericordia. Gracias al descuido de la administración municipal, tenemos todavía un parque sin cemento romano ni estatuas de militares.

Sea porque existe un desacuerdo entre el hombre y el medio, sea porque la exuberancia nos aplaste en unas regiones y la aridez nos achique en otras, sea por cualquier otra causa, lo que parece cierto es que amamos poco la naturaleza. Herencia tal vez de nuestros abuelos castellanos, de quienes se ha dicho que, por semejante motivo, muestran un escaso sentimiento del paisaje, una escasa afición por las ciencias naturales, la religión panteísta y las faenas del campo.

El que entre nosotros mira un árbol con cierta delectación, o una nube sonrosada, o la seda de un plumaje, merece que desdeñosamente se le califique de «poeta.» Lo que para el hombre de otros climas es emoción sana y espontánea,

es para nosotros sensiblería romántica. Aspirar en público el aroma de una violeta o acariciar el terciopelo de un tulipán, es exponerse a sentar plaza de «idealista» y de persona nada seria y circunspecta. Yo mismo estuve a punto de soltarle la risa en la barba blanca, al primer gentleman que vi en Londres con una rosa- té en el ojal. Y, sin embargo, cuánta delicadeza de sensibilidad no se descubre en ese detalle; en esa primera mirada al cielo antes de descender a los negocios: en el *Beautiful weather!* en el *Very nice morning!* con que el inglés, desde el obrero hasta el gran señor millonario, comienza toda conversación en primavera, al sentir la caricia de la estación.

Nuestro culto por la naturaleza es un tanto libresco y de importación. Guzmán Blanco, que fue otro «inconforme,» pero coetáneo del segundo imperio francés, se afanó por enseñarnos a querer los jardines y la sombra de los árboles. Guzmán Blanco imitó el busto del Emperador, haciéndose una cabeza, como se dice en la jerga de bastidores, cambiando la profusión de su barba por el bigote retorcido y la perilla napoleónica. Cuando se le estudie psicológicamente habrá tal vez de tenerse en cuenta esta influencia. Fue entre otras cosas, como Napoleón III, un constructor de paseos, teatros, templos, puentes y calzadas, un arquitecto, de no muy buen gusto, que hacía abrir vías nuevas y rectas, calles sin ondulaciones ni encrucijadas misteriosas. Bajo su orden salieron de los corrales árboles y plantas y vinieron a vivir en público; desde lejos fueron traídos en lentos carros de bueyes, encinas de las montañas; el dorso calloso de El Calvario se cubrió de césped, de flores exóticas y tropicales, de pajareras, de cisnes dormidos en los estanques bajo los ramajes hojosos. Aquí mismo, en la Plaza de la Misericordia estoy viendo una gruta y un molino, copias no completamente malas de los del Parque Monceau, en París. Es probable que Guzmán Blanco tuviera a ratos un alma pastoril a lo Bernardino de Saint- Pierre.

Y en verdad que, con un poco de imaginación y buenas intenciones, no es difícil sentirse poeta bucólico en la Plaza de la Misericordia. El olor de la tierra húmeda, el espectáculo de las frondas y de los retoños tiernos me fueron

«simplificando;» en el silencio eglógico de la tarde serena llegué a blasfemar de mi siglo y a echar de menos la edad idílica de Dafnis y Cloe, pero luego fui recobrando mis ideas habituales, mientras maltrataba con los pies la hierba primaveral.

Trágicos son los alrededores de la Misericordia, hacia la callejuela torcida, que presuntuosamente llaman el Boulevard del Cristo. Los árboles jorobados sostienen entre sus tristes follajes, cien negras aves que vuelan, desde el cercano Matadero, y que ocultas entre las hojas diríanse flores de un diabólico jardín. En las casuchas aplastadas y mal olientes asúmense niños canijos y ojerosos; al través de una claraboya balaustrada diviso la angulosa silueta de una mujer cosiendo y la de un chicuelo desnudo que juega con el limo de la tierra. En las piedras del arroyo quíebrase una vena de agua fétida y oscura; los perros, acostumbrados a mirar las entrañas de los toros moribundos, son feroces y tienen las pupilas llenas de odio hacia los hombres. Se me asegura que allí, más que en ningún otro barrio, abundan los crímenes y que la ferocidad primitiva ha revivido con el espectáculo de la sangre, que derraman por sus arterias los animales que al día siguiente serán devorados por la ciudad.

\*\*\*

Haciéndose eco de una opinión muy vulgarizada, dice el crítico Teodoro de Wysewa que sólo pueden apreciar el valor artístico de una obra literaria, los que están acostumbrados no solamente a comprender la lengua en que está escrita, sino a pensar en esta lengua. «No conozco nada más ridículo — escribe — que la admiración de los jóvenes estetas ingleses o alemanes por tal poeta francés, Verlaine, por ejemplo, o Villiers de l'Isle Adam: estos poetas no pueden ser comprendidos sino en Francia.»

Al tratarse de obras científicas o didácticas, en que la precisión de los términos es esencial, puede que sea verdadera la afirmación del crítico; pero a mi entender no lo es, ni con mucho, cuando se refiere a la literatura propiamente dicha, y en especial a la poesía contemporánea. cuyo más reciente ideal parece dar razón Walter Pater, para el cual todas las artes aspiran a alcanzar la categoría

de música, esto es, a sugerir emociones estéticas semejantes a las que la música provoca en el espíritu. En su *Filosofía del Arte*, Taine señala también esta evolución como un síntoma de la época actual.

El lenguaje es el instrumento de que se sirve el poeta para comunicar sus emociones al lector o auditor; mas para ello tiene que valerse de las palabras que emplea en los asuntos cotidianos, palabras que si traducen con mayor o menor fidelidad nuestros diarios pensamientos, han perdido, por su constante empleo, parte de su valor como signos de expresión poética; de tal manera que para expresar bellamente una impresión estética, tenemos con frecuencia que exagerarla y valernos, no siempre con fortuna, de artificios retóricos y combinaciones gramaticales, a fin de exteriorizar ciertos preciosos matices de la vida interior.

Desde este punto de vista la teoría de Wysewa, no es tal vez conforme a lo que realmente ocurre al lector de un poeta que escriba en un idioma que no es el nuestro; en este caso las más triviales palabras que aquel emplee son relativamente nuevas *para nosotros*, y esta novedad las hace tal vez más sugestivas y propias para despertar una emoción estética, casi musical por su misma vaguedad.

Cuando Gautier intercala, en sus cuadros de viaje o novelas, alguna palabra castellana, fue probablemente porque la creyó superior en expresión a su equivalente francés. Ved en los sonetos de Heredia, el efecto que producen ciertos nombres exóticos hábilmente distribuidos y escritos en su ortografía original: una asociación de ideas y sentimientos que nos trasporta al sitio y a la época en que el autor coloca la «acción» de su soneto. El color local, la atmósfera andaluza de *La femme et le pantin*, de Pierre Louys, está hecho, sobre todo, con términos de nuestro idioma, incrustados en la prosa francesa. *Home, gentleman*, que para el inglés representan quizás cosas triviales, tienen para nosotros el perfume de bienestar y elegancia que poseen tal vez para el inglés las voces *hogar* y *caballero*. No siempre por manía pedantesca se citan

palabras extranjeras, sino porque creemos que ellas traducen con más exactitud un panorama mental.

Si muchas frases perduran al través de los tiempos, es más por su belleza sinfónica que por su estricto significado. Si el *Sunt lacrimae rerum* por ejemplo, continúa repitiéndose y acariciando nuestro oído, es más por la melodía de sus sílabas que por su valor intrínseco; traducidla por «las cosas son tristes» o «hay cosas que hacen llorar» y habrá perdido en nobleza, y al fin se perderá en el océano de los lugares comunes; pero pronunciada en latín, aunque olvidemos el sentido de la frase, siempre será dulce en nuestros labios, como el agua de una antigua fuente virgiliana.

El joven esteta inglés o alemán de quien Wysewa se burla, acaso aprecie mejor que un francés, la musicalidad, el inefable espíritu que canta en una prosa de Villiers o en una poesía de Verlaine.

\*\*\*

La «crisis económica» hace descubrir una Caracas inédita y erudita. Pululan los vendedores ambulantes de añejos volúmenes y apolillados folios. La venerable biblioteca del abuelo es vendida, para que los nietos puedan tener el pan de cada día. Descúbrese así una generación de lectores que fueron, y que sobre las páginas ya amarillas posaron sus manos en polvo convertidas, y su pensamiento sabe Dios en qué transformado.

No puedo tocar sin un movimiento piadoso uno de estos libros olientes a polilla y a humedad, expuestos a la violenta luz de nuestro siglo. Bajo el brazo de los vendedores ambulantes va, indolentemente llevado, un fragmento del alma de los antepasados, de esa alma que ha creado en nuestro cuerpo mil deseos y apetitos nuevos. Causa de mucho de lo que pensamos y sentimos hoy está difuso allí, en medio de estilos arcaicos y avejentados pensamientos. Una suave tranquilidad, hecha de resignación y de filosofía, aquieta nuestras agitaciones del momento, meditando que no somos sino un instante de una raza, quién sabe a qué destino reservada...

Por cincuenta céntimos he comprado un infolio de 1806, el tomo tercero de una crónica de la época de Luis XIV. En la torcida tapa de cartón leo, velado por los años, un nombre de mujer, que no quiero revelar; acaso el pobre espíritu sufriría de verse comentado por la maledicencia pública.

Este tomo se intitula «Galería erótica, los placeres, las intrigas, la corte, las voluptuosidades». Hay en él un precioso retrato de Madame de Sevigné que es un modelo de tolerancia y de galantería un poco libertina, y de la Señorita de la Valliere un delicado pastel desteñado, de la querida del Rey que «prefiriendo morir a permitir se sospechara su fragilidad, se levantó, se vistió y recibió a la Reina para ir a misa» el mismo día de su alumbramiento.

No sé si estos versos son originales y correctos, pero son melancólicos como una tarde de otoño en Versailles:

#### LES VOUS ET LES TU

L'un et l'autre est indifférent  
 Je n'en voudrois aucun prescrire ni dépendre;  
 Le Vous me paroît plus galant;  
 Mais je trouve le Toi plus tendre.

—

Assembler l'Hymen et l'Amour  
 C'est mêler la nuit et le jour.

Y este libro estuvo en las manos finas de una dama de a principios del siglo XIX, en el tiempo de las pecheras de encaje, de las sayas, de las basquiñas, de los bucles sobre las mejillas y los talles altos, cuando Miranda era el favorito de Catalina de Rusia, cuando Caracas dormía la siesta, a puertas cerradas, hasta la hora del chocolate.

En poder de otro *bouquiniste*, he visto también un libraco impreso en Edimburgo el año de 1822, y en el cual el editor inglés Alejandro Walker, habla entre otras muchas cosas, de la vida y costumbres de Caracas, en aquel delicioso antaño.

El sibaritismo de nuestros abuelos, los cuales imaginamos severos y adustos, se revela bastante en la descripción que hace de una casa de gente acomodada: los sofás de maderas primorosas y acolchonados asientos; las camas con «respaldos en los que no se ve más que oro», con soberbias colchas de damasco y muchas almohadas llenas de plumas finas y adornadas con encajes; opulentas alfombras cubrían el piso de las salas, donde las luces de los candelabros y arañas se reflejaban en la profusión de las molduras doradas. El lujo de Caracas sorprendía a los extranjeros que nos visitaban, hasta el punto de arrancarles críticas acerbas y aún injuriosas; así al hablar de lo costoso de un traje femenino, confeccionado con blondas riquísimas y telas que valían ochocientos pesos, observa nuestro autor: «Las que se avergüenzan de publicar su pobreza con vestidos menos ricos, sufren toda especie de privaciones para rivalizar con las otras,» y agrega que las más impacientes adquirirían sus atavíos por medios poco modestos y condescendencias «no muy arregladas.» Tal vez injustamente tenían las caraqueñas fama de coquetas y melindrosas, hasta el punto de que las señoritas de Cumaná no usaban velos ni guantes, para no confundirse con las damas de la capital.

Antes de la Revolución eran muy frecuentes los matrimonios entre niñas de doce años y jóvenes de catorce; de donde deduce Walker lo ardiente de las pasiones en este clima cálido y voluptuoso.

La ambición de un joven distinguido era ser letrado, cura o fraile; citaban por elegancia el latín de los escritos teológicos, del Nebrija o de Aristóteles. Si usaban el vestido militar lo hacían por ostentación, y la curia era para ellos un refugio de su pereza. «Todos quieren ser señores, para vivir en la ociosidad, adictos a los horribles vicios del lujo, del juego, del artificio y de la calumnia,» exclama el doctor Miguel José Sanz desde Valencia, en su discurso sobre la educación pública.

La música, la poesía, el arte de la conversación, eran muy cultivados en Caracas, pero una etiqueta demasiado puntillosa hacía a los hombres mutuamente desconfiados y solitarios. Walker admira en las mujeres la blanca tez,

los negros ojos y los purpúreos labios, pero, según su estética británica, las desearía más altas y proporcionadas; deplora no poder dar detalles sobre sus «bonitos pies» pues sólo enseñan el busto en el balcón, «donde pasan la mayor parte de la vida...»

¿No es de creerse, por todas esas insinuaciones, que, en el fondo de aquella vida aparentemente patriarcal, de aquella austeridad, de aquella paz conventual y rigurosa cortesía, estaban en germen todas las inquietudes de nuestra alma moderna y desordenada? ¿Sería acaso la guerra de la Independencia una explosión de bohemianismo espiritual, por largo tiempo sofocado y al fin convertido en loco deseo de aventuras?

\*\*\*

La última página de *La Muerte de los Dioses* es una de las cosas más bellas y nobles que conozco. Juliano, llamado el Apóstata, ha muerto; la Cruz ha vencido al Olimpo, pero en las almas subsiste la lucha del Galileo y la Hélade. Finge el autor de ese libro admirable, un diálogo entre Amiano Marcelino, Anatolio el epicúreo y la inquieta Arsinoe, que modela en cera la estatua de un dios, cuyo rostro de tristeza sobrehumana, no se sabe si es de Cristo o de Dioniso.

—Esta es la *Stromata* de Clemente de Alejandría—dice Amiano Marcelino. —Prueba en ella que el poderío y la grandeza de Roma, la sabiduría de la Hélade, son precursoras de la enseñanza de Cristo. Las alusiones, los presagios, los presentimientos, son escalones que conducen uno a uno al reino de Dios. El precursor de Jesús es Platón.

Bogan en un gran trirreme de velas violetas, sobre la mar celeste, costeano las islas del divino Archipiélago; y en la brisa del crepúsculo, sobre las aguas tranquilas, élévanse confundidos hacia el mismo cielo, las voces de los ancianos monjes, que en la proa de la nave cantan la oración de la tarde, y los purísimos sonos de la flauta con que un joven pastor, en medio de un bosquecillo de cipreses, canta el himno de la noche al dios Pan.



Ese acorde perfecto entre dos ideales, reconciliados en un instante de suprema paz, lo he experimentado ante ciertas pinturas de los primitivos italianos, y ante ciertos frescos modernos, de los que como Puvis de Chavannes y los prerrafaelistas ingleses han querido revivir el culto de aquellos.

Es la Madona, es el místico Cordero, son los ángeles y santos, pero no es un valle de lágrimas lo que los rodea sino un paisaje paradisiaco; Jesús suavemente sonreído, tiene a su espalda una serena y azul lejanía, una pradera en flor, que hace creer que la Jerusalén ideal ha descendido a la tierra, y que el hombre se ha reconciliado con la naturaleza, como en el buen tiempo de los dioses.

Cuando Fra Angélico pintó en su *Coronación de la Virgen*, la dulce Paloma en su trono, y la sana y beatífica expresión de cien rostros llenos de juventud y gracia, ya el abate Giovacchino había salido a la campiña italiana, seguido de la multitud, para saludar al sol, entonando el *Veni Creator*; ya Francisco de Asís había oído voces seráficas en las fuentes y ecos de liras que por invisibles escalas bajaban de las estrellas; había bendecido la viña y hecho que cinco mil hermanos menores abandonaran los cilicios y escapularios de hierro.

La *Santa Genoveva* de Puvis, bien puede llevar con el mismo gesto ingenuo un lirio a María, o miel y leche de cabra al altar del viejo dios de la libertad y la alegría; la sonrisa de un arcángel de Burne-Jones bien quedaría en los labios de un Apolo.

Hubo en la Edad Media un momento en que el hombre parecía haber alcanzado nuevamente el estado apolíneo de la antigüedad clásica, según la imaginamos, así como el Renacimiento fue el del imperio de los instintos dionisiacos, para usar los términos del filósofo contemporáneo; entendiéndolo esta vez por apolíneo, la visión armoniosa del mundo, la gozosa serenidad del hombre en presencia del universo; y por dionisiaco, que en Grecia produjo el espíritu trágico, la necesidad de fiestas, de movimiento, de espectáculos, de *embriagueces*, para distraer quién sabe qué pesimismo, qué hostilidad contra «la naturaleza enemiga.» Es ese instante apolíneo de la Edad Media, el que

he creído ver revelado en las obras de los primitivos italianos y en las de sus discípulos de hoy.

El aparecimiento, en aquella época, del arte llamado gótico, no es para mí una contradicción, pues éste copió como el helénico formas de la naturaleza ambiente, movidos ambos por una misma devoción hacia la vida, y expresando con distintos símbolos estéticos un parecido sentimiento. Allá los horizontes marinos, las dulces colinas, la atmósfera diáfana dictaron las líneas arquitectónicas, aquí la minuciosa observación del mundo vegetal : la esbeltez de los troncos y el loco abrazo de los ramajes fueron trascritos en piedra; la flecha de las catedrales está iniciada en la línea vertical con que algunos árboles expresan su deseo de vivir; las curvas ligeras que en la hoja de laurel se solicitan hasta encontrarse en un punto, son las mismas de la ojiva; los gayos colores de las vidrieras religiosas están todos en las flores y en el espectro solar.

Acaso los mejores hermanos de los griegos fueron los pobrecitos franciscanos, que al través de la Umbría deliciosa cantaban el

*Laudate sia Dio mio signore,  
Con tutte le sue creature!*





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e Impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-172-5

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2022002022

**CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2022**



La presente edición de  
**EL CASTILLO DE ELSINOR**  
se realizó  
durante el mes  
de diciembre de 2022,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**El castillo de Elsinor** Esta colección de “bocetos y notas fragmentarias”, como las denominó Pedro Emilio Coll, toma su nombre del lugar donde acontecieron los trágicos hechos del Hamlet de Shakespeare, referencia que sirve para advertir cierta declaración de intenciones y las aficiones intelectuales de su autor. De sobrio estilo y claridad expresiva, esta breve muestra recoge narraciones memorables y otros escritos que permiten ahondar en el periplo vital y erudición que se deja entrever en la producción literaria de su autor. Bajo la denominación de “Sueños”, recoge un par de impecables ejercicios de la imaginación donde examina ciertos paradigmas culturales y nociones filosóficas. En “Figuras”, se presentan dos de sus más memorables cuentos: “Opoponax”, suerte de crítica y parodia del ambiente afrancesado de los escritores venezolanos de inicios del siglo XX, y “El diente roto”, una sátira de la inteligencia y hasta cierto punto de la política de su tiempo. Asimismo, presenta el ensayo “Decadentismo y americanismo”, donde cuestiona ciertas corrientes críticas que señalan como nociva la influencia de autores europeos en detrimento de una literatura americanista. Esta selección da cuenta de la genialidad de Pedro Emilio Coll al crear una literatura híbrida, donde traspasó las fronteras de los géneros en favor de la calidad estética y conceptual, de allí que en él la corriente modernista es también una mirada al mundo interior en un verbo que cifra la belleza de la escritura.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-172-5



9 789804 401725